



TONI MONTESINOS

Un mundo de novela

*Lecturas de
narrativa española e
hispanoamericana*



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

UN MUNDO DE NOVELA

Lecturas de narrativa española e hispanoamericana

UN MUNDO DE NOVELA

Lecturas de narrativa española e hispanoamericana

Toni Montesinos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Toni Montesinos
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2024

Ilustración de cubierta: Lidia Montesinos

Colección Humanidades, n.º 201
Director de la colección: Juan Carlos Ara Torralba

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Humanidades de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN 978-84-1340-772-2
Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D.L.: Z 861-2024

*A Jesús Ferrer, mi primer y mejor profesor de literatura
en la Facultad de Filología Hispánica, y amigo después,
además de lector y reseñador inmejorable de mis obras*

La verdad es que existe un mundo de novela. En todas las imaginaciones hay el recuerdo, la visión de una sociedad que hemos conocido en nuestras lecturas: y tan familiarizados estamos con ese mundo imaginario que se nos presenta casi siempre con todo el color y la fijeza de la realidad, por más que innumerables figuras que lo constituyen no hayan existido jamás en la vida, ni los sucesos tengan semejanza ninguna con los que ocurren normalmente entre nosotros. Así que cuando vemos un acontecimiento extraordinariamente anómalo y singular, decimos que *parece cosa de novela*; y cuando tropezamos con algún individuo extremadamente raro, le llamamos *héroe de novela*, y nos reímos de él porque se nos presenta con toda la extrañeza e inusitada forma con que le hemos visto en aquellos extravagantes libros. En cambio, cuando leemos las admirables obras de arte que produjo Cervantes y hoy hace Carlos Dickens, decimos: «¡Qué verdadero es esto! Parece cosa de la vida. Tal o cual personaje, parece que le hemos conocido».

Benito PÉREZ GALDÓS

INTRODUCCIÓN: LETRAS ESPAÑOLAS CON OREJAS DE BURRO Y EN CONTRA DEL VICTIMISMO LLORICA

Un buen día, José Ángel Mañas publicó lo que llamó un «manual urgente para jóvenes y no tan jóvenes» sobre las obras cumbre de la literatura española. El título podía resultar provocador y, sin duda, era por completo desenfadado: *La literatura explicada a los asnos* (Ariel, 2012), aunque el trasfondo fuera culto. El autor madrileño, a la hora de escribirlo, tenía muy presente el ejemplo de Bertold Brecht: «Walter Benjamin, que era amigo suyo, contaba en alguna parte que Brecht tenía en su despacho, junto a su escritorio, un borrico de madera con un cartelito que decía “Hasta yo debo de entenderlo”». De ahí el título, que lo que quiere decir es «la literatura explicada de tal manera que todo el mundo lo pueda entender», afirmaba el narrador en declaraciones al periódico *La Razón* recogidas por mí mismo.

Para completar semejante idea, al abrir el libro teníamos una cita de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, «donde se sugiere que los asnos pudieran ser, más que los ignorantes, los señores que se dedican a escribir diccionarios, lo que le daría un nuevo matiz al título con el que estaría bastante de acuerdo». A partir de este enfoque, Mañas encaraba lo mejor de la literatura española a partir de capítulos breves y tono directo, dejando espacio para la reflexión sobre la escritura cinematográfica y otros registros literarios como las fábulas o incluso el cómic. Pese a todo, decía, «hay géneros menores que no me interesan demasiado, como el epistolar (que me

produce gran repulsa), y otros que he querido reivindicar, como el aforístico, al que dedico un capítulo entero». Y añadía: «Resulta indignante que hayamos tenido como compatriota al auténtico príncipe del género, Gracián, entronizado por inteligencias tan superlativas como Voltaire, Schopenhauer o Nietzsche, y que no le prestemos la más mínima atención».

En este sentido, es de agradecer una reivindicación de autores clásicos autóctonos que podrían perfectamente seguir siendo de referencia internacional, frente al papanatismo español de mirar con admiración lo foráneo, por el mero hecho de serlo, por parte de aquellos que se postran con ánimo por completo acrítico ante prestigios muchas veces prefabricados franceses o alemanes, por no hablar de lo que da en llamar el profesor Jesús G. Maestro el procedente del imperio de la Anglosfera. Ya lo dijo María Zambrano al inicio de su texto «La mirada de Cervantes» (véase *La ambigüedad cervantina*, Guillermo Escolar Editor, 2023): «No pecamos nosotros, los españoles, por exceso de celo en el culto de nuestros clásicos; pocos pueblos son tan desatentos y distraídos en esa especie de deber que es la atención a los grandes creadores». Pero ¿a qué estamos esperando para abandonar este tópico victimista, dejar de decir que escribir, en España, es llorar, y, de una vez por todas, valorar la grandeza de nuestra literatura, leyéndola, anclándola al presente?

Este cansino lamento se encuentra en todas las épocas y es del todo estéril, además de aparentar un signo de inferioridad, por no decir de infantilismo, frente a otras letras nacionales. Mariano José de Larra, tras visitar París y apuntar en un artículo aquello de que «escribir como escribimos en Madrid es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo», hablaba de que hacerlo en la capital francesa implicaba otra cosa: era escribir «para la humanidad». En contraste, ser escritor en la capital española no solo era para echarse a llorar, sino aún peor: «buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta». Suponía, en definitiva, escribir para nadie.

Pero soy yo, y una cantidad infinita de escritores, los que escribimos en comparación para persona alguna, o para unos pocos, hoy más que nunca, cuando se ha certificado lo que Germán Gullón señaló en *Los mercaderes en el templo de la literatura* (Caballo de Troya, 2004): el hecho de que hacia el año 2000 llegó el final de la Edad de la Literatura, al producirse «un cambio radical en el panorama de las artes: la preferencia del

hombre culto se trasladó de lo verbal a lo icónico, lo que vino a empañar un panorama cultural posmoderno ya de por sí confuso». Larra, en cambio, y el resto de los autores que convoco en este libro, siempre serán leídos, o al menos siempre serán recordados, o estarán presentes de algún modo, siquiera en medios académicos o perteneciendo a cierto imaginario colectivo, tan atento a veces más al personaje —con todo su anecdotario biográfico salpicado de turbaciones, morbos varios o una muerte suicida— que a su obra, concebida con esfuerzo, talento y, por lo visto, lágrimas, muchas lágrimas.

El paso del tiempo es un vendaval que distorsiona lo que pasó en realidad, dejándonos con una síntesis que, realmente, parte de una opción de voluntad nuestra, de la manera de interpretar el ayer. Así, miramos admirados, por ejemplo, la narrativa decimonónica como un hito dentro de la literatura universal, pero sus protagonistas también se extendieron en lamentaciones sobre el escribir y el leer. Benito Pérez Galdós, en «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» (*Ensayos de crítica literaria*, Península, 1990), se quejó de algo que en su momento le preocupó pero que se llevó el vendaval del olvido, dejándonos lo importante, su propia obra: que la mayor parte de sus coetáneos usaban elementos literarios extraños, impuestos por la moda; o que las novelas que se escribían tenían una vida efímera frente a un público frívolo que, únicamente, buscaba un pasajero deleite, una distracción fugaz con un libro en la mano; que el género literario que se escribía y daba rédito económico era el de la novela de impresiones y movimiento, que era terrible para el arte a ojos del autor.

Galdós también incurría en el tópico de hablar bien de la Europa literaria diciendo que las revistas y las publicaciones periódicas divulgaban traducciones de obras extranjeras «relativamente muy buenas» frente a las de escritores nuestros, «muy débiles», sin notar la obviedad de que lo que llega de fuera viene seleccionado de entre lo mejor que se ha producido allende nuestras fronteras. Asimismo, se mostraba comprensivo con el literato que, en efecto, solo podía ver su profesión desde «un pesimismo horrible», al estar obligado a ir a salto de mata, de periódico en periódico, en busca de un mínimo sustento, lo que le hacía difícil «escribir obras serias y concienzudas de puro interés literario». Pero imagínense si Cervantes se hubiera visto así —él, que sufrió el cautiverio en Argel, que guerreó y por

ello, perdió la funcionalidad de un brazo, que pasó penalidades económicas— y se hubiera enfrascado más en quejarse de lo que implicaba sentarse a concebir poesías, obras de teatro o relatos, que en escribir *La Galatea*, las *Novelas ejemplares* o *El Quijote*, un libro este, como bien dice G. Maestro en su *Crítica de la razón literaria*, en que se encuentra todo el genoma de la literatura universal de todos los tiempos.

Con aquella alusión a Gracián —del que uno leyó con provecho *El criticón*, en sus años universitarios—, que tanto significó para pensadores famosos del continente, Mañas intentaba poner de relieve obras que no han merecido tanta fama y, seguidamente, rebajar otras que han sido tradicionalmente mitificadas. De modo que cualquier lector interesado podía reparar en cómo veía más lógico que nuestro libro nacional pudiera ser *El Lazarillo de Tormes* antes que *El Quijote*, dado que esta novela de autor desconocido conectaría con más afinidad con nuestra actualidad: «La psicología de este joven que va pasando de amo en amo y apañándose las como buenamente puede para sobrevivir en el siglo XVI español me parece mucho más cercana al mundo contemporáneo, mucho más inteligible y me atrevo a decir que mucho más característicamente española que el idealismo incorregible de un señor de Quijana que ve gigantes allí donde hay molinos». Lo que no matiza Mañas, pero que sin duda sabe, es que el texto cervantino es justamente lo contrario, una parodia del idealismo, por medio de la supuesta locura de su protagonista, y una demostración de que la vida solo puede vivirse desde la imposición de la más estricta realidad.

En todo caso, nunca le convenció la adoración «casi mística» que se le tributa a la obra cervantina, y ante la extrañeza que esta afirmación me provocó, o en torno al hecho de que pudiera resultar polémica para los estudiosos, Mañas no vacilaba en responder que, sin quitarle a Cervantes nada como figura suprema de las letras universales, «a la hora de escoger un libro nacional nos hemos decidido a escoger el libro más largo, más difícil y más excepcional, cuando a lo mejor podría haberse escogido un libro más breve, más sencillo y más característico. A mí siempre me ha parecido que el *Lazarillo* cumple con estos requisitos. Es una novelita de apenas cien páginas, de una plasticidad literaria excepcional, y si fuera el libro nacional todos lo habríamos leído». Una opinión, cuando menos, digna de plantearse, siquiera para poner en danza esos dos textos clásicos y traerlos a nuestro día a día.

Ciertamente, ya lo decía también Galdós, la novela popular siempre ha tenido predicamento entre el público lector español, «sin duda por las tradiciones de nuestra novela picaresca, cuyos caracteres y estilo están grabados en la mente de todos. Es más fácil retratar al pueblo porque su colorido es más vivo, su carácter más acentuado, sus costumbres más singulares, y su habla más propia para dar gracia y variedad al estilo». Así las cosas, una vez transcurridas las décadas, los siglos, lo que un día fue popular puede ser leído hoy como algo culto, *difícil*. Mañas procuró, en su afán por hacer que el lector reaccionase y por hacerle pensar, «bajar a los clásicos de su pedestal para hacerlos más cercanos, eso sí, sin faltarles en ningún momento al respeto. Ningún texto malo soporta el escrutinio universal tanto tiempo».

No cabe duda de ello; tampoco, de que las grandes obras siempre son contemporáneas de espíritu, mezcla de muchos estilos, de ahí que el mismo narrador, además, abordara el presente literario dedicándole un apartado: «Algunos de los rasgos que uno asocia con la posmodernidad artística —el pastiche, la recuperación juguetona de estilos artísticos pasados, la hibridación de géneros, la difuminación de las fronteras entre la serie A y la serie B artística o la libertad artística absoluta— no son nada nuevo». Y es que, siguiendo las palabras del Eclesiastés, nunca hay nada nuevo bajo el sol.

En cuanto a la literatura pretérita, Mañas tenía claro con qué obras se quedaría (ateniéndonos a la narrativa): los ya citados (*Platero y yo*, los aforismos de Gracián y el *Lazarillo*) más *La Celestina*, *Fortunata y Jacinta* —«Galdós fue un auténtico gigante a cuyos pies crecieron los autores del 98, que nunca consiguieron desprenderse del todo de su sombra»—, *La Regenta*, las memorias de Baroja, el teatro de Jardiel Poncela, los cuentos de Aldecoa, los artículos de Camba, los ensayos de D'Ors, los textos viajeros de Cela, los diarios de Trapiello... Todo un canon para atraer la atención, urgente o no, de los jóvenes o de los no tan jóvenes; esto ya no importa en un periodo de descenso imparable de los conocimientos literarios en la población y en que se abre paso la Ignorancia con la fuerza de un meteorito dispuesto a impactar, tan duramente, que hará que se extinga toda criatura surgida de la imaginación literaria.

Me refiero, claro está, a la cultura *woke* como sinónimo de la muerte del intelecto, al nuevo orden moral impuesto por minorías rabiosas y ofendidas, amparadas tristemente por políticos de todo pelaje y hasta por las institucio-

nes de orden universitario. Y ahora yo incurriré en el papanatismo que denunciaba antes indicando que los autores que están escribiendo en contra de semejante degradación de la libertad e inteligencia humanas no están entre nuestro universo hispano, hasta donde alcanzo a saber, sino en el extranjero, por ejemplo, en sendos trabajos de los que me ocuparé enseguida.

Antes, hay que decir que hace escasas fechas aparecía un estudio sobre un poeta francés que fue un alma libre, un librepensador, alguien que Antoine Compagnon calificaba de moderno antimoderno en su *Baudelaire, el irreductible* (Acantilado, 2022), pues cabía encontrar siempre al autor de *Las flores del mal* en una continua ambivalencia. Este catedrático de literatura francesa en la Sorbona recogía así un rasgo nuclear de un Baudelaire que tuvo un ánimo ansioso de resistencia ante el mundo moderno que florecía en el segundo tercio del siglo XIX. El poeta lo condenó, pero se benefició de lo que aquella sociedad generaba, alrededor de los ámbitos de la prensa o la fotografía, además de vivir el entorno prostibulario, el de las drogas y el alcohol, en una postura de bohemia rebelde y exhibicionista.

Surgía un hombre al que todo le repugnaba, que todo lo criticaba agriamente, aunque anhelara publicar en los periódicos y dejarse retratar. En fin, este escritor atacó el ambiente contemporáneo, en lo urbano y social, posicionándose en contra de todo. Tal actitud, hoy, en la dictadura de lo políticamente correcto, ¿sería posible? Se sucede lo que dan en llamar *cancelaciones*, silenciando a autores célebres, incluso por lo que dicen sus personajes ficticios, ya sea un clásico antiguo como Chaucer o una autora contemporánea como Harper Lee, con excusas de racismo, judeofobia o misoginia, más el ejemplo, más reciente, de Agatha Christie.

Y es que ahora todo es diferente a antaño, cuando pensar en lo que era un lector *sensible* indicaba que se trataba de alguien apto para apreciar los matices del lenguaje, la belleza de una metáfora, la audacia de una determinada estructura poética o narrativa, o la originalidad del enfoque elegido para llevar a la suprema libertad de la literatura un asunto concreto. En la actualidad, es otra cosa. En la posmodernidad, el raciocinio y los conocimientos han sido sustituidos por la búsqueda de lo sensitivo, en que no es necesario saber de nada, ni tener criterio, solamente ser una persona y tener ganas de opinar de todo y siempre. El despropósito ha llegado a la lectura, como saben los aficionados a Roald Dahl o Ian Fleming, a los que hay que *corregir*. En cualquier caso, será una cruzada infinita, interminable,

pues siempre prorrumpirá quien abandere el hecho de sentirse ofendido por una cosa y otra, en torno a la raza, el género, la nacionalidad, etc.

Semejante estupidez de cancelar autores insignes por lo que una vez crearon, repitámoslo, en uno de los pocos terrenos en que cabe toda la libertad, el de la ficción literaria, le ha tocado a la Reina del Crimen, tal y como informó la prensa británica en marzo de 2023. De modo que «los misterios de Poirot y Miss Marple tienen pasajes editados por lectores sensibles para las últimas ediciones de HarperCollins». De este modo, de repente las palabras que hoy se consideran ultrajantes y que ayer eran correctas, y quién sabe mañana, han sido sustituidas por otras o eliminadas, junto con lo que hoy se estima como insultante, más las referencias a la etnia de algunos personajes. Ya no será posible ver en las novelas de Christie, en determinadas ediciones, alguien que sea descrito como un negro, un judío o un gitano, o cosas que tengan que ver con el pecho femenino, o incluso el término «oriental», pero tampoco se considera ya decente decir «nativo», por lo que es preferible reemplazarlo por «local».

En resolución, el lector del siglo XXI que se acerque a la narrativa de Christie, al menos en el ámbito anglosajón, ya no será, por tanto, el mismo que en su día tuvo entre sus manos un ejemplar de la obra de 1937, mil y una veces editada y traducida, *Muerte en el Nilo*, protagonizada por Poirot, en la que se hace un comentario negativo de unos niños. Asimismo, la historia de Marple de 1964, *Misterio en el Caribe*, ya no tendrá una reflexión sobre un trabajador y sus dientes blancos, quién sabe por qué retorcida manera de verlo. Y por supuesto, ya nadie será «gordo» o «feo», ni será posible aludir a la nariz grande de algunos personajes por ser algo susceptible de antisemitismo.

Uno se pregunta, entonces, qué será de la andadura de Sophie Hannah, una narradora estupenda que tuvo el permiso de los albaceas del legado de Christie —su nieto, que comanda la Agatha Christie Limited— para escribir varios libros del detective belga más refinado y perspicaz. Hércules Poirot, un exoficial de la policía belga que ha encontrado acomodo en Inglaterra, después de que las tropas alemanas invadieran su país, y que siempre alude a «la materia gris» para reflexionar sobre los crímenes que tiene que resolver, tendrá que pensárselo dos veces cuando diga cualquier cosa en un diálogo. Porque, de continuo, tendrá la latente amenaza de que los nuevos vigilantes de la moral literaria le hagan callar dentro de las hojas de un libro.

Esto, claramente, llevará a la autocensura, tal vez inconsciente o subliminal, de aquel que a lo mejor se llama literato, pero está cediendo a las consignas —para no ir *en contra* de la moda, para no quedar excluido, para no ser cancelado— que confunden el género gramatical con el sexo humano y que da, día tras día, lleva a aberraciones lingüísticas en boca de los políticos, auténticos líderes en (y de nada más) la más penosa estulticia. Para colmo, hasta en la publicidad editorial, en las contracubiertas o notas de prensa de muchos libros que se publican en lengua española, se hace referencia a «lectores y lectoras», idiotamente, devaluando el mismo ámbito que debería ser una fortaleza de cara a cuidar la expresión y el vocabulario.

Ante tal triste panorama, ¿de qué formas puede el escritor, el historiador, el filósofo sentirse libre para opinar y avivar el espíritu de la tolerancia de pensamiento y de exposición de ideas contrapuestas, hoy, cuando la cobardía maniata a tantos, cuando se ha olvidado que un hombre llamado Miguel de Cervantes Saavedra, hace cinco siglos, se enfrentó desde su escritura a todos los poderes fácticos de entonces e hizo un alarde de libertad creadora inigualable? (Se diría que tendría que ocurrir lo contrario a lo que apuntaba Mañas: considerando nuestro estado actual, habría que idolatrar y mitificar más que nunca no solo *El Quijote*, sino la obra completa de Cervantes.)

Alain Finkielkraut (francés) ha pensado mucho en todo eso. Sus últimos libros van en esa dirección, lo cual puede sernos de utilidad para atemperar ánimos y analizar semejante situación racionalmente. Por ejemplo, publicó *Lo único exacto* (Alianza, 2017) cuyo propósito era «mostrar que vivimos un momento crítico e histórico, paradójicamente enmascarado por las referencias incesantes a la Historia; enfrentarnos a este momento crucial en lo que tiene de irreductible para el repertorio de nuestras vicisitudes: ese es el objetivo del libro. Lo que está en juego es tan existencial como intelectual». En medio de la confusión, la susceptibilidad a flor de piel, la improvisación y la ignorancia, la exactitud se convertiría en el destino principal del pensamiento. Finkielkraut, de ese modo, tomaba una serie de hechos políticos, sociales o filosóficos buscando entender lo que está pasando, en un tiempo de fanatismos en que el orden moral, puritano y mojigato resurge con obsesión censoradora.

Ya bastante tiempo atrás había publicado *Nosotros, los modernos* (Encuentro, 2006) en esa línea irreductible, e inevitablemente polémica, de plantear hacia dónde vamos considerando que estamos encadenados a una «modernidad desequilibrada». Así las cosas, las letras en general como campo intrínseco de reflexión se ven amenazadas, y es lo que en *La posliteratura* (Alianza, 2023) exploró este profesor de Historia de las Ideas en la Escuela Politécnica de París. Lo hizo recordando una conversación con Philip Roth, en torno al movimiento #MeToo, o pensando en Milan Kundera, ambos autores demasiado «sexistas» para que hubieran recibido el Premio Nobel, en medio de la dictadura del pensamiento único y la ideología política imperante que dicta cómo y qué decir.

«Hemos entrado en la edad de la posliteratura. El tiempo en que la visión literaria del mundo tenía un lugar en el mundo parece estar cumplido para siempre. No es que la inspiración se haya agotado súbita y definitivamente. Siguen escribiéndose e imprimiéndose libros de verdad, pero no «imprimen». Ya no tienen ninguna virtud formativa», decía Finkielkraut. Este denunciaba cómo hasta los más jóvenes muestran una postura de superioridad moral que les confiere «la victoria total sobre los prejuicios. Neofeminismo simplificador, antirracismo sonámbulo, recubrimiento metódico de la fealdad y de la belleza del mundo mediante las ecuaciones del pensar calculador, negación obstinada de la finitud: en su lucha contra la mentira, el arte está perdiendo la partida».

El pensador francés ponía diversos ejemplos, y en verdad, ningún ámbito se salva de ese tratamiento inquisitorial: festivales de música, obras de teatro y óperas. El asunto es manifestar un mismo argumentario: «vencer la exclusión, celebrar la hospitalidad, borrar las fronteras», siempre a partir de narrativas que más bien parecen fábulas aleccionadoras, con creadores convertidos en predicadores. «Se hace decir a poetas y compositores sin defensa alguna que tenemos un deber de fraternidad con los migrantes y que faltar a ello es volver a la barbarie», añadía. Los que abanderan esas ideas se creen en posesión de la verdad, y sus voceros ocupan instituciones como los museos, los cuales ya no son depositarios de obras maestras, «cosa que reintroduciría la noción funesta de superioridad», sino «de artefactos y de especímenes para la sociedad» en pos de «contribuir a la dignidad humana y a la justicia social, a la igualdad mundial y al bienestar planetario».

En resumidas cuentas, no hay escapatoria: muchos escritores, señalaba Finkielkraut, ya piensan que hay que escribir contra algo, porque si no, de nada sirve, pero es un *contra* muy diferente al que estamos haciendo mención aquí. «Y ese mismo imperativo se aplica, con idéntico rigor, a los autores que forman parte del patrimonio: los irrecuperables son deconstruidos; [...] Un nuevo orden moral, prescrito por la vigilancia y no por el decoro, propagado por los artistas y no por los filisteos, se ha abatido sobre la vida del espíritu. Su bandera es la humanidad. Su enemigo es la jerarquía». La autoridad del maestro ha quedado desautorizada, y ya ni siquiera existe distinción alguna entre cultura e incultura porque, en efecto, «todo es cultural», con el añadido del uso del lenguaje inclusivo, para colocar en primera fila a las mujeres y a las personas no binarias. El autor denunciaba así todos estos nuevos aspectos de nuestra sociedad moderna, la cual presenta casos como este: es posible entrar en una exposición de Paul Gauguin y ver que se advierte al público que el pintor mantuvo relaciones sexuales con muchachas jóvenes, aprovechándose abusivamente de ellas, cabe deducir.

«Artes plásticas, literatura, teatro, danza, ópera, cine, filosofía, religión: todo eso ha pasado a ser ya defensa de la buena causa. Las obras humanas solo se evalúan a la luz de la humanidad, es decir, de la igual dignidad de las personas», leíamos. Por eso se retira *Lolita* de Nabokov de los programas universitarios, y el mundo editorial tiene que ser precavido con los nuevos textos. «Ese orden moral, dicho de otro modo, no es ni reaccionario, ni siquiera conservador»; es algo que liquida lo que no le gusta, sin más: «Como no esquivaba ningún campo de la existencia, su devoradora pasión democrática limpia nuestra civilización de todo cuanto le daba valor». Esta práctica, basada en lo discriminatorio, sería para el autor «la responsable del odio que suscita y de los ataques que se le lanzan. Si tanta gente está mortalmente resentida contra ella hasta dentro de sus propias fronteras, solo puede achacárselo a sí misma. La violencia de la que es objeto procede de su esencia criminal». Realmente, estamos ante un estado claustrofóbico, en que tal vez la Literatura haya muerto, reemplazada por esta posliteratura y un enfoque cultural que «se presenta como la culminación del Bien. ¡Cuánto nos hacéis odiar la igualdad cuando su imperio es sin límites, cuando no tiene ya exterior, contrapeso ni tope!».

Quién nos iba a decir que tanta gente que se las da de demócrata dijera a gritos en el siglo XXI, con sus actitudes y manifestaciones, aquello de ¡muera la inteligencia!, que presuntamente dijo un fascista —anécdota unamuniana que ha sido cuestionada hace poco— y que nos acerca cada día más al *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury: una existencia sin libros, un mundo no *de* novela, sino *sin* novela, sin nadie que novele la vida; un apocalipsis iletrado, si se nos permite la hipérbole.

Porque ¿qué esperar sino del futuro cuando estamos asistiendo al declive progresivo de la literatura en beneficio de una sensibilidad maniquea? ¿O acaso vendrá, en esas oscilaciones pendulares tan propias del carácter caprichoso del ser humano, tan ambivalente e incongruente, un fenómeno revolucionario que diga «basta» ante lo *woke*, lo cancelado y lo censurado, el Reino/República/Dictadura de la Ignorancia buscada? En una escena memorable de la película *El tiempo en sus manos* (1960) —que adaptaba *La máquina del tiempo* de H. G. Wells—, el personaje interpretado por Rod Taylor se interesa por si la civilización en la que se encuentra, después de trasladarse a un lejanísimo futuro (el año 802701), ha producido libros, y su reacción no puede ser más entusiástica al oír una respuesta positiva de los habitantes del lugar (los *Eloi*): «Los libros me dirán todo lo que quiero saber», dice. Sin embargo, cuando en efecto se le acompaña a una especie de biblioteca, descorre una cortina y, enfrente de diversos estantes, con gran expectación coge un libro, afirma, apesadumbrado: «Sí, ellos me lo dicen todo». Las páginas se le han deshecho en las manos, convirtiéndose en ceniza.

Miles de años de pensamiento y saberes, de sueños y construcciones —eso reprocha el protagonista al mismo *Eloi* que le había dicho que hacía demasiadas preguntas al verle ansioso por saber sobre si tenían gobierno o disponían de leyes—, para que la vida se haya reducido a unas gentes que están solo pendientes de comer y holgar en el campo. A eso se ha reducido todo: a personas hedonistas, en el sentido más ruin de la palabra, que carecen de todo rasgo solidario y son incapaces de socorrer a un ser humano que es arrastrado mortalmente por la corriente de un río; meros esclavos alienados frente al poder de los monstruosos Morlocks, explotadores y ocupantes de las cavernas.

El presente ya está un poco constituido por *elois* insensibles a lo literario, por su falta de interés a lo que los libros pueden hacer por ellos, y

por los *sensibles* que, quizá, ni siquiera sean lectores ni les importe un comino qué palabra usó Christie hace cien años, sino quejicas desdeñosos de todo, cuya distracción, a un simple golpe de clic informático, es criticar cualquier cosa antes de pasar a la siguiente de forma automática. El problema es cuando los estultos empujan a los demás a pronunciar un *Himno de retirada*, por decirlo con un libro de David Mamet (estadounidense) cuyo subtítulo es suficientemente expresivo de la situación que nos afecta a todos: *La muerte de la libertad de expresión y por qué nos saldrá cara* (Deusto, 2023).

En él, el novelista, dramaturgo y cineasta demostraba lo empobrecedora que es la cultura *woke*, y el hartazgo de soportar este clima de neopuritanismo lo llevaba a afirmar cosas como la siguiente nada más empezar esta recopilación de una cuarentena de textos: «Si se deben rediseñar los baños públicos para acomodar a los diferentes sexos, ¿cuánto más digno será afirmar que los sexos no existen, en realidad, y después que los hombres pueden dar a luz?».

Se estaba refiriendo a lo que se desarrolla en torno a ideología de género, pero sus ataques iban por igual, en el ambiente norteamericano que conoce de primera mano, a los políticos («una confederación de putas, que tan pronto traiciona como se confabulan con ese adversario que les promete ganar, por fin, en una alianza contra el electorado») o a los periódicos («¿cómo expresar mi dolor por su transmutación en órganos de propaganda del Gobierno? Peor aún, se han convertido en desvergonzados mercaderes del odio y del pánico»). Ese ambiente, a su juicio, solo puede llevar «directa y rápidamente hacia la muerte nacional». Pero tampoco las escuelas, en su postura hacia el *bullying*, se salvaban de la quema al haber renunciado al sentido común, convirtiéndose sus directores en «cobardicas freudianos» que «han engendrado una cultura del lloriqueo constante y colectivo».

Muy en especial, Mamet cargaba las tintas contra el buenismo de la izquierda política o las promesas del Partido Demócrata sobre cubrir económicamente la educación universitaria al estudiante actual, que «sabe que nunca pagará por sus años en el parque temático». Asimismo, «la izquierda es atractiva para los jóvenes porque afirma que tienen que evitar enfrentarse al monstruo (la madurez)». El autor así presentaba un mundo donde, desdichadamente, están ya imperando un moralismo pacato e intransigente y una concepción ablativa de la libertad de expresión; todo, con el obje-

tivo de evitar que los colectivos minoritarios se sientan ultrajados. Como resultado de ello, surgiría una literatura blanda e insustancial, del todo moralizante, doctrinaria y dogmática.

Es el adiós a las artes y letras transgresoras que desafíen la inteligencia y los prejuicios humanos. Occidente ha cedido a lo *woke* desde sus más altas instancias de poder e influencia, y cualquier cosa ha de verse desde la perspectiva étnica o sexual. Los creadores, como denunciaba Finkielkraut, se han convertido en sermoneadores que lanzan su verdad desde la atalaya de una superioridad moral que no puede ser rebatida. De forma similar lo denunciaba también Mamet, con mucha ironía y erudición. De esta manera, se burlaba de los eufemismos; o decía que el concurso de Miss Estados Unidos «es, en esencia, una reedición de las subastas de esclavos»; o explicaba por qué para él, «la histeria nacional a propósito de la palabra *nigger* [“negrata”] es muy instructiva». Y de este modo, sin pelos en la lengua, aludía a un sinfín de aspectos de nuestra vida actual que están mancillados por la ignorancia y el cáncer de lo políticamente correcto, haciéndolo como debería siempre llevar a término un verdadero hombre de letras que albergue un mínimo sentido crítico: con libertad, valentía y honestidad.

Cuestión aparte será que, en un mundo artístico-editorial tan dependiente del *marketing*, el escritor actual se atreva a combatir estos fuegos artificiales que colman el cielo para alarmar e intimidar con su ansia censora e infantiloides. Hoy en día, muchas veces el novelista es una suerte de marca, alguien que ha de promocionarse a sí mismo o entregarse a las demandas de la mercadotecnia por medio de los grupos editoriales, la prensa, la radio, la televisión o internet. Paul Ewen (neozelandés de formación británica) es muy consciente de ello, y publicó una novela genial en el 2014, *Francis Plug: cómo ser un autor público* (Impedimenta, 2023), ironizando sobre algunos de los más afamados narradores de los últimos decenios.

Ya desde el inicio, en que Ewen decía que «la tribu literata ya no es lo que era», pues los autores dejaron de ser ratones de biblioteca para convertirse en individuos de escenarios, festivales y entrevistas, nos presentaba una idea particularmente obsesiva. Así, el protagonista, un tipo raro adicto al alcohol, sigue las huellas de todo ganador del Premio Booker con el que pueda tropezarse, como en el primer caso, en que dialoga con Salman Rushdie; con ello acababa realizando todo un gracioso ejercicio metaliterario

que ponía el dedo en la llaga en el egocentrismo o sentido acomodaticio de muchos autores actuales, transformados en ocasiones en *funcionarios* de la cultura que los ampara, financia o premia desde las bambalinas políticas.

Realmente, hoy en día entrar en una de esas oficinas a las que recurre el autor de turno para ser representado y llegar a ganarse la vida con su escritura puede ser un viaje a otros tiempos en los que nuestros autores eran de otra pasta. Al menos puede dar esa sensación al cruzar el umbral de la más famosa dentro del mundo hispánico, la Agencia Literaria Carmen Balcells, situada en un piso noble de techos altos y balcones que dan a la avenida Diagonal barcelonesa, con salas llenas de retratos de autores muy conocidos y estanterías con célebres manuscritos encuadernados. Sus paredes encierran pura historia de la narrativa española e hispanoamericana, y sus puertas siempre están abiertas a darle continuidad a ello, pues nunca se sabe qué futuro Premio Nacional, Príncipe de Asturias, Cervantes o Nobel emerja de repente a partir de un envío fortuito: una enorme cantidad de nuevos manuscritos llega cada día a la todopoderosa agencia, que a la vez es todo un imán para los autores más relevantes. Por algo Manuel Vázquez Montalbán llamó a Balcells «superagente literaria» al conseguir derechos que antes le estaban vedados a los escritores y convertir a muchos de ellos en profesionales de la literatura.

Una mujer capaz de ir a buscar a Juan Carlos Onetti a un Montevideo dictatorial, capaz de convencer a un joven Mario Vargas Llosa en Londres de que tenía que concentrarse en la escritura únicamente, capaz de animar y cuidar a Ana María Matute para que esta pudiera volver a dedicarse a la escritura tras un largo silencio literario... no responde al perfil común de una agente literaria. Es alguien que, ganándose el afecto del autor que, de repente, le entusiasmaba —Gonzalo Suárez en sus inicios, al igual que Luis Goytisolo, Juan Marsé o Eduardo Mendoza, por mencionar varios que pronto contaron con ella—, empatizaba hasta imponer un trato maternal: para García Márquez era la «Mamá grande», y Gustavo Martín Garzo le dedicó su libro *Todas las madres del mundo*. El escritor vallisoletano había deslumbrado a Balcells con su novela *El lenguaje de las fuentes* (1993), pero esta misma figura matriarcal lo abrumaría de tal modo que prescindiría de sus servicios un tiempo antes de decidir volver a su regazo.

Para el público general, estos autores recién citados podrían verse ya como una suerte de clásicos modernos en lengua española, de la segunda

mitad del siglo xx y de nuestra época incluso, pero muy posiblemente en las agencias literarias lo que ahora entra o interesa sean sobre todo textos de géneros que han adquirido una gran comercialidad. Las obras policíacas e históricas copan el mercado y las listas de ventas, y hasta reciben los galardones que otrora disfrutaban las obras *literarias* o aquellas que podríamos adscribir a las bellas letras, antes de que muriese la Literatura, cuando, al decir de Gullón, «el aspecto comercial del libro literario afectó al componente artístico, reduciendo su valor a un precio, precio que incluye, por supuesto, el almacenaje. Tras un año o dos de precaria existencia, muchos libros apenas resisten la guillotina, porque el almacenaje resulta costoso».

Por su parte, a finales del siglo pasado, el editor André Schiffrin habló de un fenómeno que ya abarca todo el mundo: ahora el propio mercado se ha convertido en censor cuando en muchos países el principal problema cultural era la censura. Es decir, el libro se está abandonando a las leyes del mercado. De ahí que muchos autores se vayan adaptando a lo que el mercado acepta con agrado: novela negra e histórica. Siempre ha habido sitio para la lo literario y lo popular —Graham Greene y Georges Simenon dividían su propia obra en literaria y de entretenimiento, por ejemplo—, pero ahora parece haberse extremado esta tendencia comercial, y es verdaderamente difícil ver libros con aspiraciones literarias que se alejen de lo estándar y consabido. El panorama, por todo ello, a mí me parece aburrido, muy poco estimulante y muy cerrado, no arriesga lo más mínimo en esta, al decir de Schiffrin, «ideología del beneficio» que acaba consagrando «la censura del mercado».

¿No estaría esta clase de obras de evasión, de suspense y aventuras, de tono juvenil, «destinada solo a la distracción y deleite de cierta clase de personas», como decía Galdós sobre lo que era por entonces toda una «plaga desastrosa», esto es, la novela de impresiones y movimiento? Esta era, decía el narrador canario, la gran conquista del comercio editorial, que inundaba la península por entregas, que hacía accesible y asequible la literatura a la gente de a pie. Hoy, no hace falta esta fórmula periodística para que el pueblo se nutra de historias, pero se sucede la publicación de miles y miles de libros con la ausencia de lo que ya señalaba Galdós en su tiempo y que podríamos relacionar con el nuestro: «No ha aparecido aún en España la gran novela de costumbres, la obra basta y compleja que ha de venir necesariamente como expresión artística de aquella vida». Pero aguardar a que surja

un Cervantes contemporáneo que lleve a cabo semejante tarea, por supuesto, se antoja tan imposible como embarcarse en una máquina del tiempo y comprobar que todos los libros serán puro polvo, y ni siquiera enamorado.

En mi caso, este libro mío, aspirante a la inmortalidad del instante en que lo lanzo a este mundo de novela, no tiene, desde luego, intención canónica alguna, ni pretende ser urgente, ni dirigirse a público de una edad específica. Es solo una propuesta lectora, resultado de tres décadas de indagar en obras cruciales —o de conocer algunas novedosas en pos de vislumbrar su alcance y perdurabilidad— al albur de diferentes pretextos: artículos y ensayos, reseñas y reportajes, estudios académicos, prólogos a libros, apuntes de diarista e incluso entrevistas y hasta un poema —permitiéndome la libertad de considerarlo como una forma también de interpretación (creativa) de un autor u obra— que, en su origen, constituyeron diferentes aproximaciones a los materiales narrativos dentro del ámbito hispano. Y he aquí su meta: un libro que recorre cinco siglos y que hice, al encararme a cada escritura en su momento —me estoy dando cuenta justo al escribir esta misma línea—, disimulando mi escasa inteligencia —asnal, por seguir con lo referido al principio; por desgracia no es falsa modestia— tras proponerme glosar o explicar las obras leídas para quien quisiera conocerlas bajo mi modesto prisma.

Pero esto último es harina de otro costal porque, como bien dice Christopher Domínguez Michael en *Maiakovski punk y otras figuras del siglo XXI* (Taurus, 2022), «los críticos escribimos para dos clases de autores imaginarios, los que podían leernos o aquellos definitivamente que no lo harán». Una afirmación esta que es especialmente interesante en un mundo copado por lo audiovisual y en que los campos que giran en torno a la crítica literaria merecen una mirada que los cuestione. Y es que hoy en día el crítico literario es muchas veces alguien acrítico, un comentarista de libros en la prensa demasiado complaciente, demasiado atado al autobombo de otras literaturas extranjeras, en especial la anglosajona, y en demasía temeroso de hablar mal del colega o de resultar una voz disonante en el medio de comunicación para el que trabaja, en ocasiones dependiente a su vez de grupos editoriales. La intrascendencia social de esta figura, que años ha sí gozó de relevancia y prestigio, hace realmente muy pesimista el horizonte de nuestro ámbito. En todo caso, siguiendo a Domínguez Michael,

que se ha «opuesto, porque está en mis deberes como crítico literario, a los excesos de los editores, a su necesidad de dar gato por liebre», haríamos bien, los que ejercemos esta actividad de lectores y transductores de lo literario, permanecer en ese modo vigilante, y hacernos mínimamente útiles para el lector y la sociedad.

Asimismo, yo añadiría a este requerimiento otra figura que pusiera los puntos sobre las íes en el quebranto lingüístico que padecemos en la actualidad. Al respecto de asuntos relacionados con el lenguaje no faltan novedades cada año, por ejemplo, *Más que palabras* (2016), del académico de la lengua y lexicógrafo Pedro Álvarez de Miranda, lo que nos lleva a celebrar sin fisuras este tipo de publicaciones. El autor manifestaba su deuda con Manuel Seco, que prologaba el libro, pero yo, cuando este cayó en mis manos, me acordé de Fernando Lázaro Carreter y su *El dardo en la palabra*, que yo desde jovencito he admirado. Porque si bien estudios como el de Álvarez de Miranda —que señalaba el origen y uso de determinados vocablos desde un parámetro histórico—, o algún otro más reciente, como el de Darío Villanueva *Poderes de la palabra* (2023) —acerca de cómo la retórica sirve no solo a la literatura, sino a otros ámbitos como la publicidad, las leyes o la política—, son gratas y amables sorpresas bibliográficas, lo que de verdad resulta urgente es volver a la senda de Lázaro Carreter, quien tan astutamente indicó las toxicidades populares y malos hábitos del español que habla español.

Incuestionablemente, es necesario conocer bien nuestra lengua en un tiempo en que los escritores y periodistas comparten estilo soporífero y vocabulario elemental y la literatura se inunda de imprecisiones léxicas y banalidades expresivas que empobrecen nuestro ambiente cultural —sea lo que sea que esto signifique ahora—, haciéndolo tedioso y superficial. El colapso es absoluto, y chirría poner la televisión, abrir un periódico o encender la radio frente a un uso de las palabras arbitrario e irrespetuoso del que se las da de *comunicador*, que ni repara, en vista de cómo se expresa, en la alta responsabilidad que contrae al servirse de su herramienta de trabajo, a todas luces sin plantearse hacerlo de la forma más eficiente posible. Esto, lejos de aminorarse, va a ir a más incluso; el lenguaje está en caída libre y ya nadie lanza dardos denunciadores de tales prácticas por parte de los propios escritores o los medios de comunicación, los cuales, en innumerables ocasiones, ni siquiera son capaces de componer un titular gramáticamente correcto o incurren en algo incluso más grave: resultar incomprensibles.

De un tiempo a esta parte, la reducción drástica del lexicón, hasta en aquellos narradores que en el siglo xx cuidaban su estilo y parecían tener el deseo de que su palabra y su sintaxis brillaran —y que, en el siglo xxi, desganados, lo hacen sin gracia alguna o ímpetu por mimar el arte de escribir—, esa reducción, decía, se hace preponderante en el uso de vocablos que alguien utiliza tontamente y que de manera maquinal una cohorte infinita de ignorantes decide aplicar. Es ahí cuando una cosa llamada diccionario se reduce a una entelequia que tal vez viva en un multiverso que nunca alcanzaremos, como esos libros que descansan en preciosas bibliotecas, magníficamente fotografiadas y expuestas en internet, que llevan centurias sin abrirse y que allí morirán, hasta hacerse polvo delante de los Morlocks y los Elois.

Otra cosa que antes se entendía por *sinónimo*, y que hacía más variada la expresión, ha quedado relegada al ostracismo, y solo cabe utilizar la misma palabra, aunque sea mal. De modo que ahora ya no hay policías, ni soldados, ni conjunto de armamentos, sino *efectivos*. Ahora no se habla del clima (el tiempo en el cielo) cuando se quiere hablar del clima, sino de una ciencia, la *meteorología*. Ahora la gente empieza hablando ¡y escribiendo! con un verbo en modo infinito que en verdad tiene acción de sujeto: «Decir que... bla, bla», con lo que el verbo, la acción en sí, desaparece. Ahora jamás un jugador de baloncesto hace una falta personal a otro, sino *sobre* él. Ahora no hay reuniones, sino *cumbres*. Ahora ya no hay punto final como en toda la historia del idioma español y como han dicho y escrito trillones de personas, sino punto y final. Ahora es imposible *no hacer caso* porque hasta los escritores multipremiados y tildados de magistrales, y los traductores del inglés más reconocidos, claro, dicen *ignorar*. Ahora, por supuesto, uno no es candidato a algo, sino que está, pasado por la parrilla estadounidense, *nominado*. Ahora, ya no hay etapas, épocas o periodos, sino *eras*. Ahora ya nada asciende o desciende, aunque sea poco o casi nada, sino que de forma indefectible *se dispara* o *se desploma*. Ahora las armas de fuego —esos instrumentos con una obertura redonda al final del cañón (¿he de recordar que dicho orificio es circular a la par que hace falta decir que 2 + 2 da el inamovible resultado de 4?) del que salen balas— son como las flechas, porque en vez de decir «pistola en mano» se perpetra *a punta de pistola*. No digo nada nuevo, pues algunos de estos ejemplos ya se trataron, con exquisita ironía, además, en *El dardo en la palabra* (1997) y en *El nuevo dardo en la palabra* (2003). En fin,

nunca en el terreno de lo sociolingüístico una resurrección —por favor, que alguien (;un discípulo de Lázaro?) se *levante y ande* hacia esa dirección— fue tan necesaria.

Yo, para empezar, recomendaría a los que convierten la lengua en un campo ideológico y pretenden cambiar la realidad social corrompiendo el uso del español para sus fines políticos o censores, o de cualquier otra clase de conducta gremial y con vocación de conflictiva y frentista, que vayan a una de esas polvorientas bibliotecas que agonizan por falta de una ventilación llamada curiosidad y busquen un ejemplar del amenísimo *Cuestiones de sintaxis española* (1984), de Francisco Marsá. Este estudio me ayudó a elaborar un trabajo universitario que titulé *Localizar y definir el nombre sustantivo* con el que pretendí aproximar esta categoría gramatical de un modo sintético partiendo, en primer lugar, de varias premisas de Seco, para seguidamente hacer un breve recorrido por las características convencionales atribuidas al nombre, y acabar trayendo a colación una serie de definiciones a cargo de distintos especialistas para poder delimitar su función. El propósito final era apoyarme en el libro de Marsá para apuntar algunos de los problemas que el nombre suscita al respecto del género y del número, y abordar su carácter descriptivo. Pues bien, los *terroristas* del lenguaje podrían plantearse un día de estos el mismo objetivo y aprender que el español tiene una flexión de género que, quizá, deberían reconocer antes de hablar o escribir, de *inventar* su propia manera de expresarse —¿inclusiva, la llaman, o habría que decir exclusiva, pues desprecian sin más formación que su rabia lo que es simplemente correcto, nos guste o no? —, y tratar de imponerla con furia histórica e intransigente al resto de hispanohablantes.

Tampoco llegaré a recomendar, en este arranque de pedantería lingüística e indignación por esta sociedad analfabeta con el que me he sentido arrebatado, la lectura de las obras del gramático Elio Antonio de Nebrija, del que la red de redes dirá a cualquiera que fue uno de los humanistas más destacados del Renacimiento español. Aunque, bien mirado, ¿por qué no hacerlo cuando a tantos escritores se les llena la boca recordando al lexicógrafo Samuel Johnson, quien, ciertamente, tuvo el mérito de preparar él solo un *Diccionario de la lengua inglesa* en el siglo XVIII?

Nebrija tuvo una pasajera presencia social al celebrarse los quinientos años de su muerte, en el 2022, pero supongo que su inmenso trabajo me-

recería mayores honores por ser alguien clave para el devenir de la lengua española. El mundo entero está en deuda con él desde que publicó la *Gramática castellana* en 1492, la primera de una lengua vulgar, pero antes ya había dado a la imprenta un trabajo que rebasaría las fronteras, las *Introductiones latinae*, del que nos dice la Wikipedia que fue todo un *best seller* europeo que se editó más de un centenar de veces en vida del autor. ¿Y por qué? Porque era simplemente útil: un manual de gramática latina que se usaba en el ámbito de la educación tanto en la península ibérica como en buena parte del continente. Por si fuera poco, Nebrija realizó un primer *Diccionario latino-español*, también en 1492, y dos años más tarde, un *Vocabulario español-latino*, a los que les seguirían las *Reglas de la ortografía castellana*, que datan de 1512. Por otra parte, y por encargo del cardenal Cisneros, revisó los textos griegos y latinos de la *Biblia Políglota Complutense*, y también escribió textos de historia, derecho, retórica, teología, pedagogía y arqueología, como las *Antigüedades de España*.

Todos estos datos pueden traducirse, en la práctica, en que Nebrija, con su estudio pionero de la lengua, trajo la modernidad a España y, además, plantando batalla a teólogos, juristas, historiadores y médicos que aún estaban instalados en los saberes medievales. Seguro que no fue tarea fácil al tener que sufrir la desconfianza de los poderosos y la persecución de la Inquisición a causa de sus críticas a la *Vulgata*, que era la traducción canónica de la Biblia realizada por san Jerónimo. Pero todo parece indicar que nada quebró la misión que se impuso el sevillano: convertir el español en la más adelantada de las lenguas vulgares, como queda patente al fijar sus reglas en *El arte de la Gramática castellana*. En él, se ocupó de la ortografía, la prosodia y la sílaba, de la etimología y la dicción, de la sintaxis, todo lo cual constituiría las «introducciones de la lengua castellana para los que de extraña lengua querrán aprender». El problema actual, en este sentido, sería justamente ese: que nadie, ni siquiera el individuo que usa el español para sus fines comunicativos, quiere aprender a usarlo bien, cuando menos por simple decoro profesional, y esto a nadie debería sorprender, pues sus profesores o los escritores que puedan leer no suelen ser ejemplo de nada bueno a este respecto.

Al comienzo de la *Gramática*, Nebrija ya señaló el objetivo de todo este trabajo fundacional: establecer las normas que fijaran la lengua vulgar, además de otros de orden incluso político. Y es que el momento es muy parti-

cular: en esas fechas está sucediendo la rendición de Granada y ocurre el acontecimiento que cambiará el planeta con la llegada de Colón a América. En torno a estos asuntos, en un artículo («Nebrija en su centenario», *The Objective*, 1-V-2022) Luis Castellví Laukamp habló de que «Nebrija relaciona la lengua no solo con la consolidación del imperio, sino también con la vertebración nacional», por esa coincidencia con el fin de la Reconquista, el hecho de pisar el Nuevo Mundo y la expulsión de los judíos. «El prólogo contiene una frase célebre: “siempre la lengua fue compañera del imperio”. Al igual que los hombres, las lenguas tendrían su infancia, madurez y declive. La fragmentación de la lengua imperial coincidiría con la caída del imperio que la sostuvo.» ¿Pasará lo mismo con el inglés cuando los Estados Unidos vean remitir su influencia generalizada y otras maneras de entender el mundo, acaso orientales, pasen a ocupar ese lugar preponderante?

Y, sin embargo, como sigue diciendo el articulista, según Nebrija, quienes aprendan la gramática castellana «querrán venir al conocimiento de la latina». De hecho, Nebrija no debió su fama en vida a la *Gramática* castellana, sino a su labor como latinista: «Consideraba que el latín debía ocupar un lugar central en los estudios humanísticos. Insatisfecho con el nivel de su época», precisamente, publicaría las *Introductiones latinae* en cuya introducción «afirmaba haber superado “a los enemigos de la lengua latina, a los que con la edición de esta obra acabo de declarar la guerra”». Lo curioso también es que «los misioneros habían aprendido latín con el manual de Nebrija, por lo que aplicaron su método a las lenguas indígenas. Así, *Introductiones latinae* se convirtió en el modelo de las gramáticas del Nuevo Mundo». En fin, podríamos pensar que cuando muera el último individuo capaz de traducir del griego antiguo o del latín, habremos llegado a la tan ansiada igualdad política: la de la ignorancia que nos hace a todos estúpidamente incompetentes para conocer el pasado y saber de dónde venimos, y por qué hablamos como hablamos el idioma que hablamos. Y todo hace pensar que tal cosa, a menos que las voces críticas se impongan y, al modo nebrijano, declaren la guerra a los enemigos del español, sucederá antes del año 802701.

Muy particularmente, en la tierra que me vio nacer, el torcimiento chapucero del lenguaje se hace en tal grado que la expresión *vergüenza ajena* se hace insuficiente para calificarlo. Cierto es que, como dice G. Maestro,

del que últimamente me siento uno de sus discípulos oficiosos, la democracia es un sistema que se nutre de conflictos que entretengan a la población para que no piense en las cosas verdaderamente importantes que esperar, y exigir, de los gobiernos que nos torturan con tantas infamias, despilfarros, mentiras y demás barbaridades.

Esa misma democracia que coarta la libertad de expresión y solo atiende a los ciudadanos que puedan ser afines al pensamiento político imperante que tengamos que sufrir alienta, en mi contexto catalán, medios de comunicación en los que se evita decir la palabra España, y hasta en las noticias sin trasfondo político —aparentemente, porque sí lo son—, como «Perico de los Palotes es uno de los pianistas más importantes del Estado español», se realiza la infame confusión entre un *estado*, esto es, una organización política cuyos orígenes cabe encontrar en el siglo XIII en Europa y que instituye lo burocrático y un determinado mando político, y el mero país donde uno ha tenido la desgracia o la fortuna de haber nacido, en este caso uno llamado España. Sin embargo, esos mismos medios no dirán que «el prestigioso trombonista John Johnson ha venido del Estado británico», o que «el cantante de ópera Jacques Français, proveniente del Estado francés, ha actuado en el Liceu». Esa gente es de Francia o Reino Unido, o de Mozambique o Camboya, qué más da, porque simplemente son de esos lugares; no son propiamente de un Estado, que es la máxima organización política, etcétera, etcétera —con ello ponen distancia entre el organigrama represor orquestado desde la corte madrileña y el noble pueblo catalán, una frágil víctima, ay, pobre, en busca de su tan ansiada libertad—, sino de un lugar del que ostentan una determinada nacionalidad, tal y como se podrá ver en su documento de identidad o pasaporte. (No olvidemos que estamos en un suelo en que, por defender la lengua autóctona, se trata a la mayoritaria, que es la española dentro de una sociedad naturalmente bilingüe, cual adversaria; donde las leyes políticas multan a las personas que no pongan exclusivamente en catalán el nombre de su tienda o negocio en la calle, aunque se pueda colocar en un letrero o neón las palabras *shop*, *coffee* o cualquier otro extranjerismo con total tranquilidad.)

No obstante, en esta fase de silenciar lo que libremente se puede pensar, decir este tipo de cosas no empuja a la reflexión pausada o a un sano relativismo, o al menos algo que nutra el cuestionamiento que todos debe-

ríamos tener frente al Poder y a los políticos que, muy en especial este tiempo, nos tratan con un paternalismo aberrante malgastando nuestro dinero común y subvencionando todo el enjambre estructural de amiguismos y sueldos bochornosos que sustenta su andamiaje ideológico. Así que es mejor callarse y aislarse, autocensurarse, en definitiva, si se quiere seguir perteneciendo a la comunidad, o si se desea no ser señalado, no ser descrito como enemigo simplemente porque no se piensa lo que el otro —el que está avalado por el poder actual, en una repugnante actitud de servilismo frente a nuestros verdugos, los políticos— quiere que pensemos. De tal forma que hay asuntos que no se pueden criticar, que, unánimemente, como ocurre con quiénes son los Reyes Magos o Papá Noel, se parapetan en un acuerdo común, amable y buenista, para no desenmascarar la realidad tal y como es.

Pero entonces, tal vez, un día cualquiera, uno se sienta libre y se atreva a decir, aunque sea con la boca pequeña y con fines irónicos, que hay tres cosas seguras en Cataluña, perdón, Catalunya; estas son: los impuestos, la muerte y el día de Sant Jordi. Dos de ellas suelen tener mala prensa; la tercera es vista con *joia*, que diríamos en estos lares catalanes, y tiene una dimensión ya universal, pues un objeto llamado libro, aromatizado por millones de flores alrededor, inofensivo —en apariencia. Habría que analizar su contenido y lenguaje para corroborarlo, pues, como decíamos, ahora un adjetivo normalito puede ser ofensivo—, se convierte en el centro del mundo. Solo son unas horas, pero la imagen es impagable, harto extraña, y como cada año un ambiente de euforia, de positividad, recorre las calles tarraconenses y de Lérida, perdón, Lleida, Gerona, perdón..., ya saben, y una Barcelona cuyo centro urbano se impone como la capital de todo aquel que edite libros en español y catalán, y adonde acuden no solo autores de toda Espanya, perdón, España, sino también internacionales.

Y es que todo escritor de ciertas garantías comerciales acude ese día donde haga falta para estar en el ojo del huracán libresco, apoyando una causa que espera réditos muy pero que muy jugosos. Paseando por la ciudad y mirando a las gentes detenerse frente a las paradas de libros, comprar títulos de todo pelaje y llevar en mano una rosa que parece la antorcha olímpica que el atleta traslada consigo el día de la inauguración de los Juegos, se ven caras conocidas sin parar: novelistas, sobre todo —con profusión aquellos que se dedican al género detectivesco e histórico—, algu-

nos nombres célebres por sus apariciones televisivas o famosos de ámbitos no literarios. Pues bien, entre charla y charla, en la edición de 2023 me dijo una veterana agente literaria, que hacía compañía a sus autores mientras esperaban firmar ejemplares, que solamente en ese día se calculaba que se facturase más del doble de ganancias que la Feria del Libro de Madrid en sus tres semanas de duración.

El dato sonaba hiperbólico, pero caminando por el Passeig de Gràcia, la Rambla de Catalunya y cien lugares colindantes, o por aquellos más alejados del núcleo barcelonés, de hecho, en todos los barrios —y extendiendo tal cosa por las cuatro provincias—, ese cálculo podía ser plenamente cierto. El clima, en aquella jornada concreta, además, acompañó mucho, y también algo que tiene que ver con el legado cultural de una sociedad y su impronta generacional. Quiero decir con esto que desde pequeños los estudiantes están acostumbrados, en absolutamente todos los centros de enseñanza, a celebrar el día de Sant Jordi con un sinfín de actividades de escritura, lectura y dibujo. Llegan a la adolescencia así inyectados de *sanjorgeitis*, y eso los lleva a prolongar la tradición adoptando la costumbre de acariciar a dragones con lomo y código de barras, convirtiendo también esta jornada en una suerte de día de los enamorados con portada y contracubierta.

Tal aire romántico, idealizado, no es baladí. Durante unos ratos, el mundo terrible y caótico, violento y desalmado, la vida llena de muertes e impuestos y políticas excluyentes se transforma en una isla edénica que hace felices a muchas personas: al editor, al librero, al individuo que es objeto de un regalo: el libro —«Estuve en el Sant Jordi y pensé en ti», podría ser el lema de una supuesta camiseta el 23 de abril catalán—, posiblemente el único de todo el año que vaya a recibir, a hojear, incluso a leer. Por un momento, contemplar la perfecta y efímera belleza de una flor, llevar en ristre un libro, con todo lo que este implica: muerte de la soledad y vida hacia el conocimiento, inversión en inteligencia u ocio, constituye el mejor de los fotogramas que pudiéramos visionar, en este mundo regido por la imagen y las pantallas en el que, por fortuna, a veces, siquiera una vez cada trescientos sesenta y cinco días, se asoma el poder de la lectura... ¿o deberíamos decir el poder de la compraventa del producto libro sin más? La obsesión mercantilista de divulgar el dato de cuáles son los títulos más vendidos, en ficción y no ficción, cuando acaba el día, y las

palabras edulcoradas de infinidad de autores con respecto a cómo les gusta ese día por establecer contacto con sus lectores, resultan bastante cursis e interesadas. Ese día, desde hace décadas, para mí no tiene nada que ver con la literatura, sino con lo crematístico y publicitario, y expone a las claras su doble reverso: por un lado, la obligación, por así decirlo, de seguir con la tradición y comprar un solitario libro para conectar con el resto de habitantes y quedar bien con la pareja o familiar convirtiéndolo en un regalo, eso en medio de una sociedad iletrada que vive por completo de espaldas a formarse literaria y lingüísticamente (y luego vienen los quejidos de los padres frente a la cruda realidad de que sus hijos no leen); por el otro, el hecho de que los libros que se venden de forma masiva están muy pero que muy lejos de constituir textos con una mínima conciencia de *arte poética*.

Este día que parece inmune a la crítica, como si fuera inapelablemente positivo, un oasis de fraternidad y paz, una tregua a la política —aunque se trata de un día eminentemente político, solo hace falta echar un vistazo a los entes de radiodifusión públicos cuando informan de él—, parece no obstante que tenga que defenderse a ultranza por la mera estampa, efectivamente bien agradable y llamativa (a menos que uno no comulgue con situaciones multitudinarias que puedan resultar molestas al viandante). ¿Alguien pensará algo parecido a lo que acabo de decir o es mejor no tocar ese día sagrado, continuar esta vida aborregada en que se asume todo lo democrático, es decir, lo que está certificado por la mayoría? No quisiera, por otra parte, pecar de hipócrita, pues el angelito bondadoso que está al otro lado de mi hombro, y que —con una sonrisilla de superioridad, hay que reconocerlo— mira de reojo al diablillo que acaba de personificarse en estos párrafos últimos, se congratula de que el mercado del libro sea potente, que subsista y crezca y dé, me dé, trabajo directa o indirectamente. Lo que intento decir es que deberíamos abandonar la asunción de lo que se hace robóticamente por parte de las masas y propender a guardar un criterio propio y valiente en un mundo en que solo tiene cabida la cobardía más estridente. Así tal vez podríamos aplicar lo que dijo el Dr. Johnson: «El objetivo principal de la crítica es encontrar los defectos de los modernos y las virtudes de los antiguos: mientras un autor está vivo juzgamos su capacidad por la peor de sus actuaciones, y cuando está muerto, por la mejor».

De más está decir que, si adoptáramos esa sabia perspectiva, la mayor parte de los libros que inundan hermosamente las calles en San Jorge, perdón, Sant Jordi, serían pasto inmediato del olvido o se quedarían sin vender. Realmente lo son a todas luces, aunque tengan la fortuna de no tener delante críticos que, como hizo el autor inglés, desarrollen su tarea crítica como un servicio público. «En un momento en el que la alfabetización y el laicismo van en aumento, Johnson se propone contribuir a elevar el nivel del gusto, de la conversación, del conocimiento general del círculo creciente de interesados en la vida y la actividad del espíritu», apuntó Gonzalo Torné en su edición de los *Ensayos literarios* (Galaxia Gutenberg, 2015) de un autor que, por otra parte, es casi más recordado hoy por la mastodóntica *Vida* que de él confeccionó James Boswell que por los textos que dedicó a Shakespeare y otros colegas ingleses. En cualquier caso, con escasísimas excepciones, el número de lectores profesionales que muestren semejante deseo de servir a la sociedad brillan por su ausencia, y se prefiere no ser una voz discordante que, por ejemplo, cuestione la última moda editorial, que no literaria, como el caso de la llamada autoficción, tan en boga hoy en día pero que al parecer —acabo de descubrirlo— fue un neologismo creado en 1977 por un escritor y crítico literario francés llamado Serge Doubrovsky con el que definió una novela propia, titulada *Hijos*.

Dicha autoficción se presenta como algo novedoso, cuando es justamente lo contrario: otra forma de cobardía, de supuesta literatura que sigue las pautas preestablecidas, que no rompe moldes ni arriesga lo más mínimo, amparada en el exhibicionismo más fácil y menos imaginativo —recuerdo que estamos en el campo de la literatura, de la ficción, por tanto—: el de las miserias o andanzas personales. Se desenvuelve un narcisismo de la propia desgracia o intimidad, a menudo, y esto está llamado a hacer furor en un siglo en que los *reality shows* televisivos o la prensa rosa ya se confunden con las noticias presuntamente serias de los noticieros o los periódicos: todo es cotilleo peregrino, instantaneidad de lo privado para que lo conozca el mundo entero, aunque tal desnudez dure una milésima de segundo antes de que el espectador (o lector) pase a consumir la siguiente nimiedad del otro. Para acabarlo de rematar, cuando lo autoficticio proviene de autores extranjeros adquiere un pedigrí que hace más valioso el producto, haciendo bueno el complejo español de alabar lo foráneo en vez de conocer y aprovecharse de lo cercano y muchas veces más valioso.

Por eso, a estos autores que hacen prosa biográfica que quieren hacer pasar por literatura, pero que casi nunca tiene virtudes literarias, o apenas unos elementos literarios, como si fueran otro género, el ensayístico, que también se nutre a menudo de dichos elementos, yo les invitaría a que compartieran conmigo un viaje en otra máquina del tiempo: la de mi propia memoria, y se vinieran conmigo a una vieja aula de filología, en la céntrica Plaza Universidad de Barcelona, y vieran a un joven mirando atemorizado su entorno. El joven quiere ser escritor, intuye —no se lo plantea, no lo proyecta, solo lo intuye— y madruga para acudir a la elegante biblioteca central. Allí escribe pequeños relatos, poemas fáciles y musicales, y lee libros prestados, porque apenas puede pagar ninguno. Viejos pupitres de universidad. Profesores desidiosos y vehementes. Alumnos, sobre todo chicas. Pocas horas de clase.

Entonces, un día, en el desierto creativo del siglo XVIII español, por imprevisible en ese contexto ilustrado y aburrido salvo por las *Noches lúgubres* de José Cadalso, aparece la *Vida* de Diego de Torres Villarroel, que es una isla de originalidad y descaro creador: una voz pionera, perfecta combinación de novela picaresca, ritmo cervantino y verbo quevedesco, habla y habla mintiendo e interpretando, y es absolutamente genial. *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* (cuatro *Trozos* publicados de 1743 a 1758) es un título poco serio, por así decirlo, pero no de otra manera puede nombrar su escrito el que fue desterrado en Portugal por oscuras razones y firmó almanaques con pronósticos basados en la astrología. Torres Villarroel es un buscavidas cínico que reconoce escribir por dinero recordando su «miserable» vida, y al hacerlo, inaugura en España un género autobiográfico inclasificable, que se lee como literatura, o sea, sin que importe si es verdad lo narrado.

¿Cuántos autores actuales, que desean sentarse a la fama de una mesa de Sant Jordi para llenar, legítimamente, por supuesto, su ego creador y ganarse el sustento con novelas de entretenimiento, habrán leído la *Vida* de Torres Villarroel?; ¿cuántos *El criticón* de Gracián, o uno de sus gérmenes, el tratado de didactismo y filosofía moral *El Discreto*, de 1646? En uno de los aforismos del apartado «Realce XIX» —cita que debo a Juan Carlos Ara, quien ha hecho posible *Un mundo de novela* junto con Pedro Rújula; vaya por delante mi profundo agradecimiento a ambos—, se lee: «Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan ni la

ignorancia común ni la afición especial; toda es de la verdad». Por su pobreza léxica, su ignorancia de la tradición literaria, su absoluta falta de originalidad y ausencia absoluta de ambición artística, estoy seguro de que la mayoría de los escritores que pretenden cubrir un lugar importante en el panorama de la literatura hispánica actual conoce a estos clásicos nuestros, vistos los resultados de sus esfuerzos literarios o actitud pública; solo con la salvedad de unos pocos autores veteranos —aquellos formados a la vieja usanza, en lo cervantino y en el latín, y sin pelos en la lengua—, esos autores de narrativa blanda y estereotipada, adscritos a lo convencional, han abandonado la ejecución de la libertad de juicio, temerosos de que los ignorantes la tiranicen y pasen ellos a ser los proscritos, o sean dejados de subvencionar, o echados a un lado sin ser tomados en cuenta cuando se reparten los premios monetariamente cuantiosos por parte del, ahora sí, Estado español, y que acaban, indefectiblemente, en los mismos autores mediocres de siempre.

Y hablando de escritores mediocres...

En 2008, al hilo de un congreso de jóvenes escritores organizado en la localidad gallega de Iria Flavia, en una entrevista en que las preguntas parafraseaban algunos de los títulos de mis obras poéticas o narrativas, se me conminó a responder *qué hace pudrirse a la literatura*. Entonces contesté: «La cesión artística en pos de argumentos y estilos más adaptables con el sentir actual, regido por cosas extraliterarias: las modas, el mercado editorial, etc.». Podría volver a ratificarlo ahora, y me temo que no debo descartar convertirme en otro tipo de *llorica*, a medida que envejezca, y acabe opinando lo que Joan Perucho me dijo en una charla que mantuve en su casa —atiborrada de ediciones originales de autores españoles del Renacimiento— por motivo de su octogésimo aniversario y haber llegado a su libro número cien. En aquella ocasión (noviembre del 2000), a la pregunta sobre qué opinión le merecía la evolución de la literatura en España desde la posguerra, apuntó: «Después de la guerra, y al ingresar en la universidad, me encontré con amigos, como Néstor Luján, que han desaparecido. Me he quedado solo. Entonces asistíamos al fin de una etapa, o sea, al fin de la generación del 27 y en prosa al fin de Azorín y Baroja. Pero entonces surgió una ola de grandes escritores, hoy no olvidados, sino silenciados, que son Rafael Sánchez Mazas, Julián Ayesta, Álvaro Cunqueiro, Pedro Michelena

y Eugenio Montes, entre otros, al lado de excepciones memorables, como Cela y Delibes». Y añadía algo de corte conservador —de alguien que se hizo poeta en la guerra tras conocer un libro que repartía la Generalitat entre los soldados de la República, *Presència de Catalunya*, sobre esta región vista a través de los poetas— pero que tiene parte de razón pese a recurrir a una generalización muy personal: «Ahora en las grandes librerías ves mesas cubiertas de libros con portadas chillonas que no sabes de quiénes son, y da la impresión de que esta gente sale hoy y mañana no: son sustituidos por una especie de máquina editorial que se gana la vida de este modo. Yo no entiendo eso».

Pero, por otro lado, no hay nada que entender, por así decirlo. Simplemente, ante la incertidumbre que pueda provocar el sistema editorial actual, o las obras que parecen hechas por una cadena de montaje de lo parecidas que son, siempre habrá al alcance algún estante con nuestros clásicos, a no ser que se vea «la biblioteca como si estuviera pintada en la pared», como hacen los socios antiguos del Casino de Vetusta que describe Clarín en el capítulo sexto de *La Regenta*. Hoy, esa pared es una pantalla de teléfono, de iPad o de ordenador, es ahí donde está la realidad *real*: lo no tangible, la foto de la biblioteca tan bonita de un lugar turísticamente apetecible que cabe fotografiar sin ni siquiera leer los títulos de sus lomos. Siempre habrá la posibilidad, en suma, de hacer lo que acabó decidiendo Perucho y me contó sentado en el salón de su hogar: «Es que la literatura que se hace en el país me suena a lo que los franceses llaman *déjà vu*. Todo me suena como si ya lo hubiera visto, en mi vida o en mis lecturas. O sea, que ahora únicamente me interesa la literatura clásica española». Sin embargo, el escritor barcelonés padecía dificultades para leer y trataba los libros como si fueran joyas, acariciándolos, con la ilusión juvenil de completar su colección de ediciones antiguas de Ramon Llull (por aquellas fechas atesoraba más de doscientas). Su edad —murió tres años después— no era óbice para tal cosa, y su personalidad anciana aún reflejaba lo que había sido: un ejemplo de literato que, durante toda su trayectoria, mantuvo su escritura fuera del dictado de los editores. Él mismo se vanaglorió de haber ido siempre a contracorriente: «Cuando imperaba el gusto por la poesía social y por la novela realista, yo me sentía llamado a hacer cosas de fantasía. En las obras históricas que leía encontraba situaciones sin un final concreto. Entonces yo imaginaba lo que sucedía después: cosas totalmente insospechadas y fantásticas. Este es el origen de mi literatura fantástica: ver

lo que hay detrás del espejo». Esa estrategia narrativa la quiso acompañar de un marchamo poético, y me pregunto qué pensarán de algo así los narradores actuales.

De entre estos, perdóneseme la referencia propia de nuevo, estoy yo, y en calidad de escritor también se me preguntó, en el Atlas Literario Español. Encuentro de Nuevos Narradores, celebrado en Sevilla en 2007, lo siguiente: ¿qué es el narrador en el siglo XXI? A lo que contesté con este texto:

::: un proyecto constante: una mutación: un desorden ampuloso, en busca de la síntesis o el desvarío, a lo largo de miles de páginas que tal vez no acaben siendo escritas: un ser anclado y liberado, solo y perseguido por las prisas: corazón latente que muere con un arte que le hace volar pero a la vez le mantiene en el subterráneo de la tradición: una delgada línea parecida a un horizonte convertido en electrocardiograma lleno de sorpresas y miedos: un caminante quieto cuyo destino es observar y nombrar: alguien que sobra en un mundo ruidoso visual, ciencia narrativa y tecnoeconómico: un artesano en busca del prestigio perdido, de reencontrarse con lo que un día imaginó escribir: un individuo que huye para quedarse donde está: un mendicante, un anónimo ego hinchado creando en los límites del fracaso de lo indecible, la palabra y el insoportable silencio :::

No me pregunten por qué coloqué esa triplete de dos puntos para iniciar y acabar el texto, en una extraña ocurrencia ortotipográfica con ínfulas vanguardistas, pero por coherencia con el que soy, que es también el y lo que fui, los he conservado para esta introducción guerrera. Es más, me veo muy representado en esa declaración, como si pese a su estilo metafórico —lo poético inscrito en la prosa, como también ha sido mi deseo desde que empecé a escribir ficción—, pudiera estar de acuerdo todavía con todo ello. Esencialmente pienso lo mismo, me mueven los mismos razonamientos, si bien quiero pensar que he ido abandonando un sentimentalismo que, sin duda, era un lastre a la hora de afrontar mi tarea de lector. Pero es que a veces, de repente, las obras de otros escritores son, en las profundidades de la emoción y el espanto y la sensualidad, las de uno mismo. Somos, en parte, los libros que hemos leído, y dónde y cómo los hemos leído: la vida-lectura se mezcla con la vida-escritura de otro ser humano. En resumidas cuentas, advierto a lo largo de la confección de este texto preliminar que *Un mundo de novela* es tanto una constatación de mi yo lector presente como un regreso a lo que fui y empecé a aprender y a escribir en torno a los veinte años, alrededor de la literatura en lengua

española —todo lo cual se combinó luego con un interés por otras letras internacionales y un trabajo ingente a este respecto en revistas, periódicos y libros propios—, hasta el día de hoy, primavera del año 2023. Tal vez, en más ocasiones de las que me gustaría reconocer, habré sido un borrico que rebuzna a su manera cuando no entiende algo, pero quiero pensar que la sencillez, la claridad y la honestidad son siempre los testigos de mis lecturas y escrituras críticas, en esta feliz ocasión representadas por una pequeña, pero ojalá significativa muestra de narrativa española e hispanoamericana.

ÍNDICE

Introducción: Letras españolas con orejas de burro y en contra del victimismo llorica	11
Fernando de Rojas: un francotirador excéntrico	43
Miguel de Cervantes	47
I. Principio y fin de la novela	47
II. <i>El Quijote</i> habla <i>espanGLISH</i>	51
III. Los refranes antes de Sancho Panza	58
IV. El Caballero de la Triste Figura, encantado y chino	61
V. Un poema	65
Pedro Antonio de Alarcón: una guerra romántica en África	69
Benito Pérez Galdós	73
I. La adivinación artística	73
II. Una trilogía crematística	83
Emilia Pardo Bazán	95
I. Contra las mentes pacatas	95
II. Contra la oligarquía y el caciquismo	100
Clarín: el moralista ante el espejo social	105
Ramón María del Valle-Inclán	109
I. Tipos de bohemios	109
II. Un carlista convencido	114

Vicente Blasco Ibáñez: el primer superventas español	119
Pío Baroja	125
I. El huracán criticón	125
II. Saber es sufrir	130
Azorín: ventanas impresionistas	137
El filtro del impresionismo	137
La luz entra por las ventanas.....	140
La voluntad de describir.....	142
Los objetos como testigos.	145
Describir los sentidos.....	148
Horacio Quiroga: una lágrima de vidrio	153
Rafael Cansinos Assens en un Madrid gris y destruido	165
Juan Filloy y los títulos de siete letras	169
Tono, el crápula nocturno	173
Josep Pla	177
I. Lector sin prejuicios	177
II. El pueblo payés de las apariencias	178
III. Viajero en Rusia	181
IV. Una visión del caos junto a J. M. de Sagarra	184
V. El realismo como estilo literario	185
VI. Pla y la sumisión de la literatura catalana a la política	187
Manuel Chaves Nogales, notario de su tiempo	193
Jorge Luis Borges	197
I. Entre amigos	197
II. En el laboratorio creativo	202
Roberto Arlt: el viaje como fin de la angustia	205
Juan Carlos Onetti, en la cama fumando	219
Álvaro Cunqueiro o la fe del fabulador	225
Julio Cortázar: amistad a lo largo	229

Camilo José Cela	237
I. La melancolía erótica	237
II. Poeta vagabundo de la España negra y la América dictatorial	245
III. Una muerte tremendista que cumple 80 años	251
Juan Rulfo: los paseos del fantasma	253
Miguel Delibes y un destino de 50 años	261
Carmen Laforet: cien años en la calle Aribau	267
Antonio Pereira: contar y contar	271
Ramiro Pinilla: sangre vasca	273
Medardo Fraile: el narrador escéptico	277
Gabriel García Márquez	279
I. La dignidad del derrotado	279
II. Un par de novias y una esposa	285
Corín Tellado: el sentimiento rosa	289
José Jiménez Lozano: entrega a Castilla	291
Francisco Umbral: una narrativa memorial	295
Juan Marsé y sus prototipos humanos	299
Mario Vargas Llosa	303
I. La fraternidad literaria	303
II. Conspiración en Guatemala	308
Fernando Sánchez Dragó: la vida y la literatura como un viaje	313
Lázaro Covadlo: instintos primitivos	323
José Balza	325
I. El pensamiento y la distancia	325
II. Narrar es poseer	330
Luis Mateo Díez: territorios de leyenda	337
Luis Landero: el pasado inagotable	341

José María Conget	345
I. Huellas de toda una vida	345
II. Encontrar algún lector	348
César Aira: el circo cruel de Buenos Aires	359
Rafael Chirbes: artículos con bumerán	361
Javier Marías y su corazón novelesco	365
Roberto Bolaño	371
I. El joven Bolaño «mexicano» (18 de noviembre del 2009) ..	371
II. Mis vecinos Bolaño y Cortázar (30 de octubre del 2010) ..	372
III. Tres páginas de <i>2666</i> (1 de febrero del 2011)	373
IV. Blanes adueñándose de Bolaño (12 de agosto del 2013)	373
V. De nuevo, vergüenza ajena (9 de agosto del 2014)	374
VI. Una hipnótica novela total (10 de julio del 2014)	375
VII. Influencia argentina (15 de octubre del 2015)	375
Andrés Trapiello: recordar día a día	377
Eduardo Lago: el texto como pérdida	383
Fernando Marías: el escritor que intentó comprender lo vivido	391
Fernando Aramburu: el antídoto de la serenidad	399
Sergi Pàmies: contar cosas tristes que se puedan leer sonriendo	405
Clara Usón: las tres hermanas	419
Juan Francisco Ferré: la bestia lujuriosa	421
Carlos Ruiz Zafón: el escritor y la ciudad	423
Lorenzo Silva y su «lado oscuro»	429
Juan Bonilla: el cazador de libros	439
Ray Loriga: amores y obsesiones de juventud	445
Miguel Albero: lo falso es lo preferible	449
Eduardo Halfon: la paternidad como trasfondo	453

Juan Gabriel Vásquez: ser un anacronismo	455
Mario Cuenca: un boxeador entre mutantes	459
Jeremías Gamboa: noches juveniles en EE. UU.	463
Santiago Wills: la mascota del paramilitar	465
Javier Ors: la vida a desgarros	469
María Fernanda Ampuero: la violencia obsesiva	473

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en julio de 2024*



Títulos de la colección Humanidades

- 1 Joaquín Lomba Fuentes, *El oráculo de Narciso. (Lectura del Poema de Parménides)*, 2.^a ed. (1992).
- 2 Luis Fernández Cifuentes, *García Lorca en el Teatro: La norma y la diferencia* (1986).
- 3 Ignacio Izuzquiza Otero, *Henri Bergson: La arquitectura del deseo* (1986).
- 4 Gabriel Sopena Genzor, *Dioses, ética y ritos. Aproximación para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos* (1987).
- 5 José Riquelme Otálora, *Estudio semántico de purgare en los textos latinos antiguos* (1987).
- 6 José Luis Rodríguez García, *Friedrich Hölderlin. El exiliado en la tierra* (1987).
- 7 José María Bardavío García, *Fantasías uterinas en la literatura norteamericana* (1988).
- 8 Patricio Hernández Pérez, *Emilio Prados. La memoria del olvido* (1988).
- 9 Fernando Romo Feito, *Miguel Laborreta. Una lectura global* (1988).
- 10 José Luis Calvo Carilla, *Introducción a la poesía de Manuel Pinillos. Estudio y antología* (1989).
- 11 Alberto Montaner Frutos, *Política, historia y drama en el cerco de Zamora. La Comedia segunda de las mocedades del Cid de Guillén de Castro* (1989).
- 12 Antonio Duplá Ansuategui, *Videant consules. Las medidas de excepción en la crisis de la República Romana* (1990).
- 13 Enrique Aletá Alcubierre, *Estudios sobre las oraciones de relativo* (1990).
- 14 Ignacio Izuzquiza Otero, *Hegel o la rebelión contra el límite. Un ensayo de interpretación* (1990).
- 15 Ramón Acín Fanlo, *Narrativa o consumo literario (1975-1987)* (1990).
- 16 Michael Shepherd, *Sherlock Holmes y el caso del Dr. Freud* (1990).
- 17 Francisco Collado Rodríguez (ed.), *Del mito a la ciencia: la novela norteamericana contemporánea* (1990).
- 18 Gonzalo Corona Marzol, *Realidad vital y realidad poética. (Poesía y poética de José Hierro)* (1991).
- 19 José Ángel García Landa, *Samuel Beckett y la narración reflexiva* (1992).
- 20 Ángeles Ezama Gil, *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900* (1992).
- 21 Santiago Echandi, *La fábula de Aquiles y Quelone. Ensayos sobre Zenón de Elea* (1993).
- 22 Elvira Burgos Díaz, *Dioniso en la filosofía del joven Nietzsche* (1993).
- 23 Francisco Carrasquer Launed, *La integral de ambos mundos: Sender* (1994).
- 24 Antonio Pérez Lasheras, *Fustigat mores. Hacia el concepto de la sátira en el siglo XVII* (1994).
- 25 M.^a Carmen López Sáenz, *Investigaciones fenomenológicas sobre el origen del mundo social* (1994).
- 26 Alfredo Saldaña Sagredo, *Con esa oscura intuición. Ensayo sobre la poesía de Julio Antonio Gómez* (1994).
- 27 Juan Carlos Ara Torralba, *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León* (1996).
- 28 Diego Aísa Moreu, *El razonamiento inductivo en la ciencia y en la prueba judicial* (1997).

- 29 Guillermo Carnero, *Estudios sobre teatro español del siglo XVIII* (1997).
- 30 Concepción Salinas Espinosa, *Poesía y prosa didáctica en el siglo XV: La obra del bachiller Alfonso de la Torre* (1997).
- 31 Manuel José Pedraza Gracia, *Lectores y lecturas en Zaragoza (1501-1521)* (1998).
- 32 Ignacio Izuzquiza, *Armonía y razón. La filosofía de Friedrich D. E. Schleiermacher* (1998).
- 33 Ignacio Iñarrea Las Heras, *Poesía y predicación en la literatura francesa medieval. El dit moral en los albores del siglo XIV* (1998).
- 34 José Luis Mendivil Giró, *Las palabras disgregadas. Sintaxis de las expresiones idiomáticas y los predicados complejos* (1999).
- 35 Antonio Armisén, *Jugar y leer. El Verbo hecho tango de Jaime Gil de Biedma* (1999).
- 36 Abū ṭ Tāhir, *el Zaragozaano, Las sesiones del Zaragozaí. Relatos picarescos (maqāmāt) del siglo XII*, estudio preliminar, traducción y notas de Ignacio Ferrando (1999).
- 37 Antonio Pérez Lasheras y José Luis Rodríguez (eds.), *Inventario de ausencias del tiempo despoblado. Actas de las Jornadas en Homenaje a José Antonio Rey del Corral, celebradas en Zaragoza del 11 al 14 de noviembre de 1996* (1999).
- 38 J. Fidel Corcuera Manso y Antonio Gaspar Galán, *La lengua francesa en España en el siglo XVI. Estudio y edición del Vocabulario de los vocablos de Jacques de Lianó (Alcalá de Henares, 1565)* (1999).
- 39 José Solana Dueso, *El camino del ágora. Filosofía política de Protágoras de Abdera* (2000).
- 40 Daniel Eisenberg y M.^a Carmen Marín Pina, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos* (2000).
- 41 Enrique Serrano Asenjo, *Vidas oblicuas. Aspectos históricos de la nueva biografía en España (1928-1936)* (2002).
- 42 Daniel Mesa Gancedo, *Extraños semejantes. El personaje artificial y el artefacto narrativo en la literatura hispanoamericana* (2002).
- 43 María Soledad Catalán Marín, *La escenografía de los dramas románticos españoles (1834-1850)* (2003).
- 44 Diego Navarro Bonilla, *Escritura, poder y archivo. La organización documental de la Diputación del reino de Aragón (siglos XV-XVIII)* (2004).
- 45 Ángel Longás Miguel, *El lenguaje de la diversidad* (2004).
- 46 Niall Binns, *¿Callejón sin salida? La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana* (2004).
- 47 Leonardo Romero Tobar (ed.), *Historia literaria / Historia de la literatura* (2004).
- 48 Luisa Paz Rodríguez Suárez, *Sentido y ser en Heidegger. Una aproximación al problema del lenguaje* (2004).
- 49 Evanghélou Moutsopoulos, *Filosofía de la cultura griega* (2004).
- 50 Isabel Santaolalla, *Los «Otros». Etnicidad y «raza» en el cine español contemporáneo* (2005).
- 51 René Andioc, *Del siglo XVIII al XIX. Estudios histórico-literarios* (2005).
- 52 María Isabel Sepúlveda Sauras, *Tradición y modernidad: Arte en Zaragoza en la década de los años cincuenta* (2005).
- 53 Rosa Tabernerero Sala, *Nuevas y viejas formas de contar. El discurso narrativo infantil en los umbrales del siglo XXI* (2005).

- 54 Manuel Sánchez Oms, *L'Écrivain écrit: la obra plástica* (2006).
- 55 Agustín Faro Forteza, *Películas de libros* (2006).
- 56 Rosa Tabernero Sala, José D. Dueñas Lorente y José Luis Jiménez Cerezo (coords.), *Contar en Aragón. Palabra e imagen en el discurso literario infantil y juvenil* (2006).
- 57 Chantal Cornut-Gentille, *El cine británico de la era Thatcher. ¿Cine nacional o «nacionalista»?* (2006).
- 58 Fernando Alvira Banzo, *Martín Coronas, pintor* (2006).
- 59 Iván Almeida y Cristina Parodi (eds.), *El fragmento infinito. Estudios sobre «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» de J. L. Borges* (2007).
- 60 Pedro Benítez Martín, *La formación de un francotirador solitario. Lecturas filosóficas de Louis Althusser (1945-1965)* (2007).
- 61 Juan Manuel Cacho Blecua (coord.), *De la literatura caballeresca al Quijote* (2007).
- 62 José Julio Martín Romero, *Entre el Renacimiento y el Barroco: Pedro de la Sierra y su obra* (2007).
- 63 M.^a del Rosario Álvarez Rubio, *Las historias de la literatura española en la Francia del siglo XIX* (2007).
- 64 César Moreno, Rafael Lorenzo y Alicia M.^a de Mingo (eds.), *Filosofía y realidad virtual* (2007).
- 65 Luis Beltrán Almería y José Luis Rodríguez García (coords.), *Simbolismo y hermetismo. Aproximación a la modernidad estética* (2008).
- 66 Juan Antonio Tello, *La mirada de Quirón. Literatura, mito y pensamiento en la novela de Félix de Azúa* (2008).
- 67 Manuela Agudo Catalán, *El Romanticismo en Aragón (1838-1854). Literatura, prensa y sociedad* (2008).
- 68 Gonzalo Navajas, *La utopía en las narrativas contemporáneas (Novela/Cine/Arquitectura)* (2008).
- 69 Leonardo Romero Tobar (ed.), *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales* (2008).
- 70 Mónica Vázquez Astorga, *La pintura española en los museos y colecciones de Génova y Liguria (Italia)* (2008).
- 71 Jesús Rubio Jiménez, *La fama póstuma de Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer* (2009).
- 72 Aurora González Roldán, *La poética del llanto en sor Juana Inés de la Cruz* (2009).
- 73 Luciano Curreri, *Mariposas de Madrid. Los narradores italianos y la guerra civil española* (2009).
- 74 Francisco Domínguez González, *Huysmans: identidad y género* (2009).
- 75 María José Osuna Cabezas, *Góngora vindicado: Soledad primera, ilustrada y defendida* (2009).
- 76 Miguel de Cervantes, *Tragedia de Numancia*, estudio y edición crítica de Alfredo Baras Escolá (2009).
- 77 Maryse Badiou, *Sombras y marionetas. Tradiciones, mitos y creencias: del pensamiento arcaico al Robot sapiens* (2009).
- 78 Belén Quintana Tello, *Las voces del espejo. Texto e imagen en la obra lírica de Luis Antonio de Villena* (2010).

- 79 Natalia Álvarez Méndez, *Palabras desencadenadas. Aproximación a la teoría literaria postcolonial y a la escritura hispano-negroafricana* (2010).
- 80 Ángel Longás Miguel, *El grado de doctor. Entre la ciencia y la virtud* (2010).
- 81 Fermín de los Reyes Gómez, *Las historias literarias españolas. Repertorio bibliográfico (1754-1936)* (2010).
- 82 M.ª Belén Bueno Petisme, *La Escuela de Arte de Zaragoza. La evolución de su programa docente y la situación de la enseñanza oficial del grabado y las artes gráficas* (2010).
- 83 Joaquín Fortanet Fernández, *Foucault y Rorty: Presente, resistencia y deserción* (2010).
- 84 M.ª Carmen Marín Pina (coord.), *Cervantes en el espejo del tiempo* (2010).
- 85 Guy H. Wood, *La caza de Carlos Saura: un estudio* (2010).
- 86 Manuela Faccon, *Fortuna de la Confessio Amantis en la Península Ibérica: el testimonio portugués* (2010).
- 87 Carmen Romeo Pemán, Paula Ortiz Álvarez y Gloria Álvarez Roche, *María Zambrano y sor Juana Inés de la Cruz. La pasión por el conocimiento* (2010).
- 88 Susana Sarfson Gleizer, *Educación musical en Aragón (1900-1950). Legislación, publicaciones y escuela* (2010).
- 89 Julián Olivares (ed.), *Eros divino. Estudios sobre la poesía religiosa iberoamericana del siglo XVII* (2011).
- 90 Manuel José Pedraza Gracia, *El conocimiento organizado de un hombre de Trento. La biblioteca de Pedro del Frago, obispo de Huesca, en 1584* (2011).
- 91 Magda Polo Pujadas, *Filosofía de la música del futuro. Encuentros y desencuentros entre Nietzsche, Wagner y Hanslick* (2011).
- 92 Begoña López Bueno (ed.), *El Poeta Soledad. Góngora 1609-1615* (2011).
- 93 Geneviève Champeau, Jean-François Carcelén, Georges Tyras y Fernando Valls (eds.), *Nuevos derroteros de la narrativa española actual. Veinte años de creación* (2011).
- 94 Gaspar Garrote Bernal, *Tres poemas a nueva luz. Sentidos emergentes en Cristóbal de Castillejo, Juan de la Cruz y Gerardo Diego* (2012).
- 95 Anne Cayuela (ed.), *Edición y literatura en España (siglos XVI y XVII)* (2012).
- 96 José Luis López de Lizaga, *Lenguaje y sistemas sociales. La teoría sociológica de Jürgen Habermas y Niklas Luhmann* (2012).
- 97 Ángeles Ezama, Marta Marina, Antonio Martín, Rosa Pellicer, Jesús Rubio y Enrique Serrano (coords.), *Aún aprendo. Estudios de Literatura Española* (2012).
- 98 Alejandro Martínez y Jacobo Henar (coords.), *La postmodernidad ante el espejo* (2012).
- 99 Esperanza Bermejo Larrea, *Regards sur le locus horribilis. Manifestations littéraires sur des espaces hostiles* (2012).
- 100 Nacho Duque García, *De la soledad a la utopía. Fredric Jameson, intérprete de la cultura postmoderna* (2012).
- 101 Antonio Astorgano Abajo (coord.), *Vicente Requeno (1743-1811), jesuita y restaurador del mundo grecolatino* (2012).
- 102 José Luis Calvo Carilla, Carmen Peña Ardid, M.ª Ángeles Naval, Juan Carlos Ara Torralba y Antonio Ansón (eds.), *El relato de la Transición/La Transición como relato* (2013).

- 103 Ignacio Domingo Baguer, *Para qué han servido los libros* (2013).
- 104 Leonardo Romero Tobar (ed.), *Temas literarios hispánicos (I)* (2013).
- 105 David Pérez Chico (coord.), *Perspectivas en la filosofía del lenguaje* (2013).
- 106 Jesús Ezquerro Gómez, *Un claro laberinto. Lectura de Spinoza* (2014).
- 107 David Pérez Chico y Alicia García Ruiz (eds.), *Perfeccionismo: Entre la ética política y la autonomía personal* (2014).
- 108 Alain Bègue y Antonio Pérez Lasheras (coords.), «Hilaré tu memoria entre las gentes». *Estudios de literatura áurea* (2014).
- 109 Ernest Sosa, *Con pleno conocimiento* (2014).
- 110 Rosa Martínez González, *Maurice Blanchot: la exigencia política* (2014).
- 111 Scheherezade Pinilla Cañadas, *Las ciudades intermitentes. El heroísmo de los muchos en Balzac y Galdós* (2014).
- 112 Leonardo Romero Tobar (ed.), *Temas literarios hispánicos (II)* (2014).
- 113 María Isabel Yagüe Ferrer, *Jacinto Benavente. Bibliografía general* (2014).
- 114 Jesús Martínez Baro, *La libertad de Morfeo. Patriotismo y política en los sueños literarios españoles (1808-1814)* (2014).
- 115 Javier Aguirre, *Dialéctica y filosofía primera. Lectura de la Metafísica de Aristóteles* (2015).
- 116 María Coduras Bruna, «Por el nombre se conoce al hombre». *Estudios de antroponimia caballescica* (2015).
- 117 Antonio Gaspar Galán y J. Fidel Corcuera Manso, *La gramática francesa de Baltasar de Sotomayor (Alcalá de Henares, 1565)* (2015).
- 118 Alicia Silvestre Miralles, *La traducción bíblica en san Juan de la Cruz. Subida del Monte Carmelo* (2015).
- 119 Vanessa Puyadas Rupérez, *Cleopatra VII. La creación de una imagen. Representación pública y legitimación política en la Antigüedad* (2016).
- 120 Antonio Capizzi, *Introducción a Parménides* (2016).
- 121 Esther Bendahan Cohen, *Sefarad es también Europa. El otro en la obra de Albert Cohen* (2016).
- 122 María Leticia del Toro García, *Experimentación, intertextualidad e historia en la obra de Susan Howe* (2017).
- 123 Luis María Marina, *De la epopeya a la melancolía. Estudios de poesía portuguesa del siglo XX* (2017).
- 124 Miguel Espigado, *Reír por no llorar. Identidad y sátira en el fin del milenio* (2017).
- 125 Manuel Hernández Pérez, *Manga, anime y videojuegos. Narrativa cross-media japonesa* (2017).
- 126 Arturo Borra, *Poesía como exilio. En los límites de la comunicación* (2017).
- 127 José Luis Calvo Carilla (ed.), *Expresionistas en España (1914-1939)* (2017).
- 128 Jean-Marie Lavaud y Éliane Lavaud-Fage, *Rapsodia valleinclaniana. Escritura narrativa y escritura teatral* (2017).
- 129 Juan Vicente Mayoral, *Thomas S. Kuhn. La búsqueda de la estructura* (2017).
- 130 María Fogler, *Lo otro persistente: lo femenino en la obra de María Zambrano* (2017).

- 131 Stanley Cavell, *¿Debemos querer decir lo que decimos? Un libro de ensayos* (2017).
- 132 Elena Cueto Asín, *Guernica en la escena, la página y la pantalla: evento, memoria y patrimonio* (2017).
- 133 Frédéric Lordon, *Los afectos de la política* (2017).
- 134 Ernest Sosa, *Una epistemología de virtudes. Creencia apta y conocimiento reflexivo (vol. I)* (2018).
- 135 Ernest Sosa, *Conocimiento reflexivo. Creencia apta y conocimiento reflexivo (vol. II)* (2018).
- 136 Antonio Capizzi, *Heráclito y su leyenda. Propuesta de una lectura diferente de los fragmentos* (2018).
- 137 David García Cames, *La jugada de todos los tiempos. Fútbol, mito y literatura* (2018).
- 138 Gérard Brey, *Lucha de clases en las tablas. El teatro de la huelga en España entre 1870 y 1923* (2018).
- 139 Luis Arenas, Ramón del Castillo y Ángel M. Faerna (eds.), *John Dewey: una estética de este mundo* (2018).
- 140 Manuel Pérez Otero, *Vericuetos de la filosofía de Wittgenstein en torno al lenguaje y el seguimiento de reglas* (2018).
- 141 Juan Manuel Aragüés Estragués, *El dispositivo Karl Marx. Potencia política y lógica materialista* (2018).
- 142 Jesús Rubio Jiménez y Enrique Serrano Asenjo (eds.), *El retrato literario en el mundo hispánico (siglos XIX-XXI)* (2018).
- 143 David Pérez Chico (coord.), *Cuestiones de la filosofía del lenguaje* (2018).
- 144 Jesús Rubio Jiménez, *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)* (2019).
- 145 Adrián Alonso Enguita, *El tiempo digital. Comprendiendo los órdenes temporales* (2019).
- 146 Antonio Capizzi, *Platón en su tiempo. La infancia de la filosofía y sus pedagogos* (2019).
- 147 David Pérez Chico (coord.), *Wittgenstein y el escepticismo. Certeza, paradoja y locura* (2019).
- 148 Aurora Egido, *El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes* (2019).
- 149 Pedro Ruiz Pérez (ed.), *Autor en construcción. Sujeto e institución literaria en la modernidad hispánica (siglos XVI-XIX)* (2019).
- 150 Carlos Clavería Laguarda, *Libros, bibliotecas y patrimonios. Una historia ejemplar* (2019).
- 151 Juan Manuel Aragüés Estragués, *De la vanguardia al cyborg. Una mirada a la filosofía actual* (2020).
- 152 José Antonio Vila Sánchez, *Javier Marías. El estilo sin sosiego* (2020).
- 153 Guillermo Tomás Faci, *El aragonés medieval. Lengua y Estado en el reino de Aragón* (2020).
- 154 Horacio Muñoz-Fernández (coord.), *Filosofía y cine. Filosofía sobre cine y cine como filosofía* (2020).
- 155 Adrián Baquero Gotor, *La traición a Diógenes. Lecturas contemporáneas de la filosofía cínica* (2020).
- 156 J. L. Rodríguez García, *Postutopía* (2020).

- 157 Jordi Canal, *Vida y violencia. Élmer Mendoza y los espacios de la novela negra en México* (2020).
- 158 Fernando Durán López y Eva María Flores Ruiz (eds.), *Renglones de otro mundo. Nigromancia, espiritismo y manejos de ultratumba en las letras españolas (siglos XVIII-XX)* (2020).
- 159 Santiago Díaz Lage, *Escritores y lectores de un día todos. Literaturas periódicas en la España del siglo XIX* (2021).
- 160 Javier Feijoo Morote, *La estética de Ramiro Pinilla. Idilio, imaginación y compromiso* (2021).
- 161 Juan Postigo Vidal, *Lugares de sabios. Bibliotecas privadas y ambientes de lectura en el Barroco. Zaragoza (1600-1676)* (2021).
- 162 Ronaldo González Valdés, *George Steiner: Entrar en sentido. Cincuenta glosas y un epílogo* (2021).
- 163 Manuel Sacristán Luzón, *Sobre Jean-Paul Sartre*, edición de Salvador López Arnal y José Sarrión Andaluz (2021).
- 164 Xaverio Ballester, *Orígenes de la lengua valenciana. La hipótesis repoblacionista* (2021).
- 165 Jesús Ezquerro Gómez, *Pólis y caos. Reflexiones sobre el principio de la política* (2021).
- 166 Stanley Cavell, *Esta nueva y aún inaccesible América. Conferencias tras Emerson después de Wittgenstein* (2021).
- 167 José Ángel Bergua Amores, *Nada. Eones, conciencias e ignorancias* (2021).
- 168 Nuria Aranda García, *Los Siete sabios de Roma en España. Una historia editorial a través del tiempo (siglos XV-XX)* (2021).
- 169 Manuel José Pedraza Gracia, *Una imprenta hispana del siglo XVII. El Libro de cuentas de Pedro Blusón y Juan Francisco Larumbe (Huesca, 1625-1671)* (2021).
- 170 Jesús Rubio Jiménez y Enrique Serrano Asenjo (coords.), *El retrato literario en el mundo hispánico, II (siglos XIX-XXI)* (2021).
- 171 Fulvio Conti, *Dante y la identidad nacional italiana* (2021).
- 172 Alfredo Saldaña Sagredo, *Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz* (2022).
- 173 John Dewey, *Lógica. La teoría de la investigación (1938)*, edición de Ángel Manuel Faerna (2022).
- 174 David Pérez Chico (coord.), *Cuestiones de la filosofía del lenguaje: pragmática* (2022).
- 175 Héctor Caño Díaz, *Cómics en pantalla. Adaptaciones al cine y televisión (1895-1989)* (2022).
- 176 Ramón Pérez de Ayala, *Auto de fe con Galdós. Ensayos galdosianos, con el epistolario entre los autores* (2022).
- 177 José Antonio Mérida Donoso, *Borau, un escritor de cine y un cineasta escritor. Hacia el guion de su literatura* (2022).
- 178 Gabriel Insausti y Luis Galván (coords.), *Palabra y acción. El profetismo en la literatura moderna y contemporánea* (2022).
- 179 Manuel Ruiz Zamora, *Sueños de la razón. Ideología y literatura* (2022).
- 180 Raffaele Milani, *Albas de un nuevo sentir. La condición neocontemplativa* (2022).

- 181 Carmen Peña Ardid y Juan Carlos Ara Torralba (eds.), *La Transición española. Memorias públicas / memorias privadas (1975-2021). Historia, literatura, cine, teatro y televisión* (2022).
- 182 Ernest Sosa, *Juicio y agencia* (2022).
- 183 Luis Fernández Cifuentes, *1955. Inventario y examen de disidencias* (2023).
- 184 J. L. Rodríguez García, *La mirada de Saturno. Pensar la revolución (1789-1850)* (2023).
- 185 Sara Martín Alegre, *De Hitler a Voldemort. Retrato del villano* (2023).
- 186 Carlos Marzán y Marcos Hernández, *Constelaciones en torno a la Teoría crítica* (2023).
- 187 Leonardo Romero Tobar, *Leyendo a Galdós* (2023).
- 188 David Pérez Chico, *Cuestiones de la filosofía del lenguaje ordinario* (2023).
- 189 Sergio Pons Garcés, *La función utópica. Introducción al materialismo blochiano* (2023).
- 190 Évelyne Ricci y Melissa Lecointre, *La cultura de los vencedores. Nuevas redes culturales en la España de la posguerra (1939-1945)* (2023).
- 191 Mercedes Comellas (coord.), *Literatura para construir la nación. Estudios sobre historiografía literaria en España (1779-1850)* (2023).
- 192 Ariane Aviñó McChesney, *Rehabitar. Fundamentos para la vida no capital-ista* (2023).
- 194 Franck Fischbach, *La producción de los hombres. Marx con Spinoza* (2023).
- 195 Daniel Quesada, *Saber, opinión y ciencia. Una introducción a la teoría del conocimiento clásica y contemporánea* (2024).
- 196 Fermín Ezpeleta Aguilar, *La novela española de costumbres universitarias* (2024).
- 197 Juan Manuel Aragües, *La escritura de los dioses. Políticas para una (im)posible gramática de lo real* (2024).
- 198 Antonio Capizzi, *La República cósmica. Apuntes para una historia no peripatética del nacimiento de la filosofía en Grecia* (2024).
- 199 Stanley Cavell, *Estudios trascendentales de Emerson* (2024).
- 200 Eduardo A. Gallego Cebollada, *Corpus animusque. Aproximación al retrato en la poesía latina (Virgilio, Horacio, Ovidio)* (2024).

TRES DÉCADAS DE LECTURAS DE NARRATIVA ESPAÑOLA e hispanoamericana se reúnen en este libro de Toni Montesinos, el crítico literario más prolífico en nuestro país de lo que llevamos de siglo. Tras una extensa introducción donde cuestiona de modo implacable la censura de hoy en día y lo *woke*, la banalización del libro como producto o la falta de autoexigencia artística de tantos escritores, se ofrece un compendio de interpretaciones literarias que abarcan desde Fernando de Rojas hasta narradores actuales. Así, a partir de textos de variado enfoque —ensayos, reseñas o entrevistas—, *Un mundo de novela* invita a descubrir o releer a casi setenta autores hispanos, ya clásicos o llamados a serlo en el futuro.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

